



Tipo de documento: Tesina de Grado de Trabajo Social

Título del documento: Deconstrucciones del género y la sexualidad en la vejez : un análisis desde las trayectorias de vida de los concurrentes a los Centros de Día del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

Autores (en el caso de tesistas y directores):

Lucía Cremona

Gisela Oshimo

Natalia Torres

Romina Manes, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis: 2015

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





**UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE TRABAJO SOCIAL
AREA DE INVESTIGACION Y SISTEMATIZACIÓN**

Deconstrucciones del género y la sexualidad en la vejez. Un análisis desde las trayectorias de vida de los concurrentes a los Centros de Día del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
Trabajo de Investigación Final

Autoras:

Cremona, Lucía DNI: 36.396.802 crelucia@gmail.com
Oshimo, Gisela DNI: 26.799.327 gisela.oshimo@gmail.com
Torres, Natalia DNI: 34.705.838 nataliaa.torres.8@gmail.com

Tutora Temático:

Manes, Romina: rominamanes@yahoo.com.ar

Fecha de presentación: 25 de Agosto 2015

*La satisfacción consoladora y la alegría de lo terminado,
La pompa, el resplandor fugaz de la contienda y
el apresuramiento, han concluido;
¡Ahora el triunfo!, ¡la transformación!, ¡el alborozo!
Walt Whitman "El fin del día" en Hojas de Hierba*

Agradecemos...

*A cada uno de los protagonistas de este trabajo que nos recibieron
sin prejuicios y con entusiasmo para aportar sus opiniones,
reflexiones y experiencias*

*A la Licenciada Romina Manes por su confianza desde los
comienzos de este proceso y su continuo acompañamiento*

*A nuestras queridas familias y amigas/os por su apoyo
incondicional*

Lu, Nati y Yoko

Resumen

El presente trabajo de investigación final es la continuación de una investigación en grado de la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, realizado durante los años 2013-2014. En dicha investigación hemos comenzado a trabajar acerca de las representaciones de la sexualidad de los adultos mayores de los Centros de Día de la Tercera Edad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El objetivo de este trabajo fue analizar la heterogeneidad de la construcción de la identidad sexual y de género de los adultos mayores que concurren a dispositivos de participación abierta en perspectiva de sus trayectorias de vida.

Para ello, hemos realizado encuestas auto-administradas, entrevistas semi-estructuradas y un grupo focal para indagar cómo son sus vivencias y construcciones que rondan en la sexualidad en ese momento de la vida a través de una perspectiva de género.

El estudio es de tipo exploratorio y descriptivo. La metodología utilizada es cualitativa, a través del análisis de relatos de entrevistas y grupo focal con complementos de datos cuantitativos extraídos de las encuestas.

Finalizado el ciclo de la investigación, con la información recolectada hemos profundizado acerca de la temática desde una perspectiva de género, con el fin de ver cómo estas dos categorías (sexualidad y género) se relacionan, influyen y construyen diversas percepciones, prácticas y significaciones en los relatos y prácticas cotidianas.

Palabras claves: Adultos Mayores - Sexualidad - Género - Trayectorias - Mandatos Sociales

Título del TIF: Deconstrucciones del género y la sexualidad en la vejez. Un análisis desde las trayectorias de vida de los concurrentes a los Centros de Día del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Autoras:

Cremona, Lucía crelucia@gmail.com

Oshimo, Gisela gisela.oshimo@gmail.com

Torres, Natalia nataliaa.torres.8@gmail.com

Fecha de entrega: 25 de Agosto de 2015

Índice

Introducción	1
Capítulo I: Significaciones acerca del envejecimiento y una mirada acerca de la sexualidad y el género en este proceso	4
1.1 El proceso de envejecimiento y la vejez	4
1.2 Una mirada sobre la vejez desde el “Curso de la Vida”	5
1.3 El proceso de envejecimiento en los dispositivos de participación abierta	6
1.3.1 Acerca de Centros de Día para la Tercera Edad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires	8
1.4 El envejecimiento desde una perspectiva de género	10
1.4.1 El sexo y género como construcciones sociales	12
1.4.2 Una perspectiva de la sexualidad en los espacios para adultos mayores ...	15
Capítulo II: Las teorías acerca de la sexualidad desde una mirada crítica e histórica y sus repercusiones en la actualidad	17
2.1 La sexualidad desde un recorrido histórico.....	17
2.2. La corriente esencialista y la sexualidad normativa. Su influencia sobre la sexualidad en la vejez.	19
2.3 Percepciones sociales acerca de la vejez y la sexualidad de los adultos mayores	21
2.4 La sexualidad en la vejez y el modelo sexual basado en el placer.....	23
2.5 Cambios en la sexualidad: juventud y vejez	24
2.6 El doble tabú de la mujer adulta mayor y su sexualidad.....	28
Capítulo III: Mandatos sociales: contradicciones y rupturas	32
3.1 Las relaciones sociales en el marco del modelo heterosexual	32
3.2 “El sexo es una conquista social”.....	34
3.3 El amor, ¿Una condición para el sexo?.....	35
3.4 Modelo de belleza-juventud	37
3.5 El matrimonio como institución social y su influencia sobre el género femenino	39
3.6 El sentido de la reproducción y los nuevos significados en la pareja	43

3.7 El coito como práctica sexual central.....	46
A modo de cierre.....	48
Bibliografía.....	50
Anexos	53
Formulario de la encuesta	I
Guía de preguntas de la entrevista.....	II
Guía orientadora para el grupo focal.....	IV

Introducción

El siguiente Trabajo de Investigación Final está enmarcado dentro de la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Este trabajo se desarrolla como continuación de la Investigación en Grado de la carrera, “*Los adultos mayores y sus condiciones de reproducción social*”, de la cual participamos en el transcurso del año 2013 al 2014.

En el Trabajo de Investigación Final analizamos la relación entre las construcciones de la sexualidad y el género desde las trayectorias de vida por los concurrentes a los Centros de Día de Tercera Edad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Los mismos funcionan como dispositivos de participación abierta para los adultos mayores de CABA.

El problema eje de nuestro trabajo fue *cómo se relacionan las maneras que construyen la sexualidad, los concurrentes de los Centros de Día de Tercera Edad de la Ciudad de Buenos Aires, con sus propias representaciones de género*. En función de ello, nos propusimos como objetivo general *analizar la heterogeneidad de la construcción de la identidad sexual y de género de los adultos mayores que concurren a dispositivos de participación abierta del Gobierno de CABA en perspectiva de sus trayectorias de vida*.

El trabajo fue de tipo exploratorio. La estrategia metodológica se desarrolló a través de la recolección de datos por medio de las siguientes técnicas: cincuenta y cinco encuestas, a través de un cuestionario auto-administrado por los concurrentes de los Centros de Día de Tercera Edad de CABA y seis entrevistas en profundidad semi-estructuradas realizadas a la misma población, en el marco de la Investigación en Grado. Las mismas se realizaron de forma voluntaria y resguardando el anonimato. Asimismo, se trabajó en el análisis e interpretación de datos con los Programa Atlas Ti y SPSS, a través de la complementación metodológica a partir del análisis estadístico (cuantitativo) y del discurso (cualitativo).

Luego, durante el Trabajo de Investigación Final en el año 2015 con la misma población realizamos un taller participativo temático de carácter voluntario y anónimo, en el cual se utilizaron técnicas de grupo focal, con el fin de poner en discusión la

relación entre las construcciones de la sexualidad y las propias representaciones de género de los adultos mayores que integraron el grupo. La elección de dicha técnica cualitativa se debió a que nos permitiría recolectar información variada y mayor cantidad de respuestas acerca de esta temática. Se realizó a través de entrevistas colectivas y semi-estructuradas e imágenes audiovisuales que propiciaron su discusión. A su vez, se compartieron distintos relatos acerca de lo que fue respondido en las encuestas y las entrevistas, con el fin de constatar y darle mayor validez a los datos recolectados anteriormente.

Consideramos que las concepciones sociales acerca de la sexualidad en la vejez están atravesadas por diferentes prejuicios. En este sentido, buscamos brindar una mirada amplia e integral sobre los procesos de la vejez, enfocándonos específicamente en la sexualidad, para poder generar ciertas rupturas con dichos prejuicios.

Con respecto a esto último, los prejuicios e ideas que ya se encuentran instaladas socialmente y particularmente en nuestras propias concepciones, fueron aspectos que al principio de la investigación nos jugaron como obstaculizadores en cierta medida a la hora de explorar y cuestionar acerca de esta temática. Sin embargo, a partir de los primeros resultados que obtuvimos en la Investigación en Grado (2013-2014), nos encontramos con una mirada que puso en juego ciertas contradicciones y rupturas que permitieron abordarla desde una perspectiva más abierta y flexible. De esta manera, consideramos que hemos podido generar un movimiento de deconstrucción en las simbolizaciones de la sexualidad y el género en el proceso mismo del envejecimiento.

Por último, enfocamos la temática desde una perspectiva de género, ya que creemos que la misma marca diferencias en la sexualidad en todos los momentos de la vida, tanto en aspectos sociales, como culturales, psicológicos y biológicos. Asimismo, hicimos énfasis en estudiar la vejez a través de las trayectorias de vida, ya que consideramos la misma como el resultado de una sucesión de experiencias y de cambios continuos.

El trabajo se encuentra organizado en tres capítulos. En el primero de ellos realizamos un recorrido conceptual acerca del proceso de envejecimiento desde la teoría del “Curso de la vida” y desde una perspectiva de género. Luego, realizamos una

caracterización de los Centros de Día para la Tercera Edad de la CABA y su influencia en el proceso de envejecimiento. Al final del capítulo desarrollamos una reflexión sobre la importancia de una intervención acerca de la sexualidad en la vejez.

En el segundo capítulo nos enfocamos en la sexualidad desde una mirada histórica y posicionándonos desde el enfoque constructivista. A su vez, indagamos acerca de la influencia de la corriente esencialista y la sexualidad normativa sobre la vejez. Además, realizamos una descripción acerca de las percepciones que construye la sociedad sobre la vejez y la sexualidad en este momento de la vida. Asimismo, desarrollamos un análisis acerca del modelo sexual basado en el placer, los cambios sobre la sexualidad en la vejez y la sexualidad de la mujer adulta mayor.

En el último capítulo describimos cómo impactan ciertos mandatos sociales en la sexualidad en la vejez. Por último, examinamos las contradicciones y rupturas que generan los adultos mayores sobre dichos mandatos.

CAPÍTULO I

Significaciones acerca del envejecimiento y una mirada acerca de la sexualidad y el género en este proceso

En este primer capítulo, desarrollamos los conceptos de envejecimiento, vejez y su relación con las nociones de género y sexualidad como construcciones sociales, históricas y culturales. Consideramos importante analizarlas desde una mirada crítica que pueda dar cuenta de las continuidades y rupturas en los diversos momentos de la vida. Luego nos adentraremos en la contextualización de los espacios en los cuales participan los adultos mayores de la investigación y brindaremos una reflexión acerca de la importancia de la temática en dichos espacios.

1.1 El proceso del envejecimiento y la vejez

Entendemos al envejecimiento como un proceso dinámico y multidimensional que opera a lo largo de la vida de los seres humanos y se encuentra influido por diversos factores, un proceso con múltiples causas cuyo resultado, la vejez, es tan heterogéneo en sus manifestaciones unitarias como lo son los seres humanos sujetos de las mismas (Paola, J.; Samter, N.; Manes, R., 2011). Tomaremos a Salvarezza (2002) quien desarrolla el término “viejismo” definiéndolo como el conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los viejos simplemente en función de su edad.

En continuidad con el concepto propuesto por el autor, uno de los motivos por el cual se discrimina a las personas adultas mayores socialmente es por la exclusión del mercado laboral remunerado. En este sentido, se los desplaza de la categoría de productores etiquetándolos como consumidores.¹ Otras formas de etiquetamiento giran en torno a la concepción social del adulto mayor como enfermo, discapacitado, asexuado y abuelo. En contraposición a dichas etiquetas y tomando la teoría gerontológica de la actividad (postuladas por Neugarten y Havigust 1968) cuanto más activas socialmente sean las personas adultas mayores, mayor será su grado de

¹ El poderío de la industria farmacológica tiende a biomedicalizar la vejez, colocándola como consumidora de dicho mercado. Ello se ve acentuado por el crecimiento progresivo de la población de mayor edad y es especialmente significativo en la sexualidad.

complacencia con la vida, favoreciendo un mejor desarrollo personal. Asimismo, nos posicionamos en pensar a la vejez desde el paradigma del Curso de la Vida y a su vez analizar la misma a través de las trayectorias de vida y desde una perspectiva de género.

1.2 Una mirada sobre la vejez desde el “Curso de la vida”

A partir del siglo XX, con el surgimiento de la perspectiva del “Curso de la vida”, desde las ciencias sociales comenzó a analizarse la organización y el desarrollo de la vida humana como una totalidad. A su vez, se empezó a cuestionar la articulación entre los factores biológicos, psicológicos, sociales e históricos, para analizar la vida humana y la historicidad del sujeto como un fenómeno multidimensional. De ahí que el análisis sobre el curso de la vida requiere ser interdisciplinario. Estas múltiples dimensiones van a intervenir a lo largo de toda la vida de una persona, y en este sentido *“(…) algunas capacidades pueden incrementarse hasta una edad avanzada mientras que otras pueden declinar de manera más rápida; las ganancias y las pérdidas se reequilibran de manera continua”* (Yuni, 2011: 20).

Continuando con esta perspectiva, se plantea que con el aumento de la cantidad de población adulta, las sociedades industriales avanzadas, no sólo se organizaron en torno a la clase, sino también en relación a un estatus de edad. Es decir, las formas en que avanzan los individuos en sus trayectos de vida van a estar condicionados según los roles sociales definidos para cada edad. En este sentido, la edad será elemento de la organización estructural social. Los cursos de vida están organizados teniendo como base modelos culturales que definen calendarios sociales (hay una etapa para trabajar, para tener hijos, para jubilarse, etc.) y regulados a través de los diseños institucionales, principalmente por el sistema socioeconómico y las políticas públicas. En consonancia con ello, la sucesión de las etapas del desarrollo humano van a estar condicionadas y van a ser productos de la cultura y la sociedad, caracterizada por una duración en el tiempo, por una generalidad, un conjunto de objetivos, opciones y obligaciones, roles y edades determinados.

Asimismo, desde la perspectiva del curso vital se toma en cuenta el impacto que puede provocar el contexto histórico en las etapas del desarrollo humano como productos sociales y a su vez en los trayectos de vida individuales. En relación con ello, Yuni (2011) plantea: *“(…) la definición y el orden de las posiciones y las etapas se*

modifican, así como las significaciones y las representaciones que están asociadas a ellas” (p. 17).

Por otra parte, *“El curso de la vida individual se compone de un conjunto de trayectorias, más o menos ligadas entre ellas y que remiten a diferentes esferas en las cual se desarrolla la existencia individual” (Yuni, 2011: 25).* Al estar las trayectorias ligadas entre sí, las transiciones que pueden acontecer en una pueden tener impacto sobre las otras.

Además de la influencia de lo social, a nivel individual, el sujeto construye su propio curso de vida en la negociación de los diferentes modelos sobre el mismo que se le presentan a lo largo de su existencia.

El desarrollo humano se toma como un conjunto de procesos que se despliegan a lo largo de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. En este sentido, Yuni (2011) caracteriza a la temporalización como la forma en *“(…) que las personas adoptarán una perspectiva biográfica en la cual viven y aprehenden su existencia no día a día sino como un proyecto, una construcción continua de su identidad a través del ordenamiento reflexivo de su biografía (…)* Ciertos elementos de esta biografía, son compartidos por *el conjunto de contemporáneos, formando este conjunto un cohorte” (p. 18).*

El análisis desde la perspectiva del curso de la vida requiere ser tanto a nivel estructural como a nivel de los individuos, de sus experiencias, pensamientos y acciones por medio de los cuales construyen sus trayectorias biográficas con sus continuidades y discontinuidades y, a su vez, diferentes formas de envejecer. Además de este análisis, consideramos relevante indagar cómo influye la concurrencia a los dispositivos de participación abierta en el proceso de envejecimiento.

1.3 El proceso de envejecimiento en los dispositivos de participación abierta

Tomando los aportes de Ludi (2012) entendemos a los Centros de Día como espacios que constituyen alternativas, estrategias de acción, posibilitadoras de la construcción de un *“sujeto viejo diferente” (p. 14).* Es decir, se considera a estos espacios como la posibilidad que tienen los adultos mayores de organizarse en pos de

defender sus derechos e intereses, intentando ocupar un rol activo en la sociedad. A su vez, consideramos importante poder pensar si el resguardo de los adultos mayores entre pares profundiza su aislamiento con respecto al resto de la comunidad, es decir, una contradicción entre inclusión- exclusión.

Por otra parte, y en concordancia con la autora citada, sostenemos que tener una participación social en espacios compartidos con otros aporta a la salud física y mental, a su vez que, contribuye a la formación de la identidad de los adultos mayores. En este sentido, se considera que la identidad se construye dialécticamente con los otros, con el contexto, en las relaciones y vínculos sociales que cada uno establece. Es decir, *“(...) la identidad no es unívoca porque cada uno modifica y es modificado; identidad que nos muestra, nos caracteriza, nos reconoce y a la vez nos distingue”* (Ludi, 2012: 48). En relación con ello, entendemos que los individuos durante la vejez continúan conformando su identidad y esto se ve expresado en la manera que construyen sus discursos y opiniones. Es decir que construye y re-construyen su identidad. Es así que *“La identidad se mantiene, se preservan rasgos; otro se recrean, se modifican; se involucra a la familia, a los amigos y vecinos, a los grupos de pertenencia y/o referencia... a los vínculos, a los lazos, al medio externo; sobre todo en el proceso de envejecimiento, los “movimientos” son cruciales”* (Ludi, 2012: 48).

En relación con lo anteriormente mencionado, entendemos a la participación como uno de los ejes más importante de los Centros de Día, ya que la misma se vincula, a nuestro entender, con el ejercicio de los derechos y la posibilidad de tomar decisiones respecto del espacio del cual forman parte los adultos mayores. En este sentido, consideramos a la participación *“(...) como la capacidad que tienen los individuos de intervenir hasta la toma de decisiones en todos aquellos aspectos de su vida cotidiana que involucran y afectan; como acción colectiva dirigida a lograr cierto objetivo común en el sentido de involucrarse, formar y tomar parte del proceso”* (Gascón; Browne, 2008: 14). Es por esta razón que sostenemos que estos espacios de encuentro entre pares posibilitan un modo de envejecer en otras condiciones.

Por otra parte, planteamos que en los Centros de Día otra de las categorías que se ponen en juego es la de grupo. Desde la perspectiva de lo grupal, se entiende a los grupos *“como espacios de sociabilización, como ambiente emocional adecuado para el aprendizaje y construcción de subjetividades. Los grupos se configuran por relaciones*

de poder, intereses individuales y grupales; lenguaje; símbolos; historias; ceremonias; mitos; cultura y pertenencia” (Ludi, 2012: 53). Es de esta manera que los grupos transforman subjetividades, dando a los adultos mayores la posibilidad de hacer, pensar, sentir aquellas cosas que en otro momento y en otros espacios fueron vedadas.

Para continuar con el desarrollo del proceso de envejecimiento en los dispositivos de participación abierta creemos importante realizar una descripción acerca de los Centros de Día para la Tercera Edad en CABA.

1.3.1 Acerca de los Centros de Día para la Tercera Edad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

En este apartado describiremos los Centros de Día para la Tercera Edad del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, ya que consideramos que el contexto en el que se encuentran insertos los adultos mayores, influye a la hora de describir y analizar dicha población en los datos recolectados.

Los Centros de Día de CABA son instituciones que nacen en 1989 con el fin de cubrir las necesidades que hasta ese momento no podían ser satisfechas, ya que la única alternativa de atención para los adultos mayores era la institucionalización. Los Centros de Día son una iniciativa a partir de: *“a) Las Recomendaciones de las Asambleas Mundiales sobre el Envejecimiento de 1982 (Viena) y los datos demográficos que muestran el aumento progresivo de la población de sesenta años”* (Paola, 2003: 56).

Poner el acento en la internación geriátrica partía de una concepción asistencialista donde el adulto mayor no era tratado como sujeto de la política social. Tomando los aportes de Jorge Paola (2003) podemos dar cuenta que desde la década de los ochenta han tomado un fuerte impulso las asociaciones o agrupaciones de individuos que tenían como objetivo principal brindar respuestas a necesidades sociales concretas. Estas nuevas formas de agrupamiento tienen sus orígenes en Francia donde se creó el primer Centro de Día, el cual no tenía como fin dar asilo a los adultos mayores, sino funcionar como dispensario de barrio. Desde sus inicios los Centros de Día se caracterizan por ser *“un tipo de dispositivos institucional abierto, orientado hacia la acción preventiva y operando como un elemento de transición para otros servicios”* (Paola, 2003: 19).

En nuestro país los primeros Centros de Día toman la estructura heredada de los viejos clubes de barrio, y luego fueron creciendo en su organización. Es por esta razón que en principio eran sólo agrupaciones de personas, y posteriormente empiezan a surgir sentimientos de pertenencia a un colectivo. Ello va a estar relacionado a la percepción de que es más beneficioso aliarse o unirse con otros para conseguir lo que se desea. Además se empiezan a incorporar momentos de reflexión, en donde aparecen distintas preocupaciones ligadas a lo cotidiano, al significado de la vejez y al reencuentro con las historias pasadas.

En este sentido, los Centros de Día brindan una atención no permanente, cuya dinámica funcional se estructura en torno a la actividad: reflexiva, recreativa, expresiva, productiva y preventiva; favoreciendo desde lo institucional la creación de un ámbito donde rescatar la potencialidad del adulto mayor y facilitar la reconstitución de redes sociales.

Tomando la información suministrada en la página del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires², actualmente en la ciudad hay 29 Centros de Día, 2 Centros de Actividades y 4 clubes de fin de semana distribuidos en distintos barrios de la Ciudad, en predios propios o bajo convenio con distintas instituciones barriales. El programa está dirigido a mayores de 60 años y actualmente cubre una población de 1700 beneficiarios. Las prestaciones constan de servicio alimentario, talleres productivos, talleres de estimulación de la memoria, talleres de actividad corporal y recreación y talleres de reflexión. Se brinda asistencia psicológica, social y jurídica poniendo el acento en la promoción y prevención.

Por otro lado, se brinda capacitación gerontológica y supervisión a los distintos equipos de trabajo desde una perspectiva interdisciplinaria. De esta manera, se promueve la modificación de las políticas de institucionalización mediante la implementación de nuevas políticas sociales desde una visión contextualizada y en consonancia con criterios gerontológicos actuales. Se logra la participación de los adultos mayores en una articulación de su protagonismo social con las políticas públicas. Es así, que se intenta promover la integración de los adultos mayores con otras instituciones de la comunidad. Se involucran distintos actores sociales en un trabajo en

² Página oficial del Gobierno de La Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
<http://www.buenosaires.gob.ar/desarrollosocial/terceraedad>

red que facilita la auditoría informal permanente de la calidad de los servicios para redefinir su rol, alcances, prioridades y estrategias organizativas.

El principal objetivo de los Centro de Día es brindar asistencia a aquellos adultos mayores cuya situación socioeconómica y la de sus familiares, les impida atender adecuadamente sus necesidades durante el día, y que no tengan problemas de alojamiento. A su vez, se intenta que los individuos tengan una participación activa en las decisiones, características y modalidades de las actividades a realizar, de manera tal que su inserción en las mismas sea por su voluntad y propia convicción. Es decir, que se intenta a través de la participación garantizar una adecuada actualización en relación a los intereses y necesidades de los concurrentes. En este sentido, se orienta el trabajo hacia su reinserción por medio de la recuperación de su capacidad productiva. Por esta razón es que los Centros de Día son instituciones en constante relación con la familia e instituciones intermedias, condición indispensable para lograr la reinserción del adulto mayor a sus ámbitos cotidianos, lo cual deberá considerarse como objetivo principal, a cuyo servicio deberán apuntar todos los medios a implementarse.

A partir de esto sostenemos que los Centros de Día son una alternativa a la institucionalización de los adultos mayores, estableciéndose como un lugar donde se generan nuevas redes que actúan a modo de contención social y afectiva.

1.4 El envejecimiento desde una perspectiva de género

Considerando los aportes de Yuni y Urbano (2008) en las últimas décadas, la crisis del paradigma científico dominante heredado de la modernidad y la aparición de un conjunto de teorías sociales y culturales han sido la condición de posibilidad para la emergencia de nuevos enfoques en los modos de construcción teórica del proceso de envejecimiento. Es decir, que en la actualidad estaríamos en presencia de una tercera generación de teorías gerontológicas. Esta nueva generación surge a partir del rechazo del paradigma positivista y de las críticas al paradigma fenomenológico-comprensivo efectuadas por un conjunto multiforme de teorías emergentes (entre las que se identifican la Gerontología Posmodernista, la Gerontología Crítica y la Gerontología Feminista, entre otras).

Por su parte, las autoras feministas enroladas desde una perspectiva crítica, han destacado el carácter androcéntrico de las representaciones populares y científicas acerca del ciclo vital como un conjunto de etapas o estadios que se suceden cronológicamente. Respecto a esto, señalan que, “(...) *en el caso de las mujeres, las etapas se superponen e intersectan, o presentan inconsistencias dentro o entre distintos períodos. Sostienen, también, que el ciclo vital de las mujeres parece estar más relacionado con los acontecimientos familiares y con los cambios de roles en el ámbito doméstico. Para los hombres, en cambio, los roles sociales públicos (trabajo, participación social) constituyen los marcadores de cada etapa evolutiva*” (Yuni y Urbano, 2008: 135).

Desde estas teorías, y continuando con los aportes de Yuni y Urbano (2008), se sostiene que el conocimiento gerontológico es, también, conocimiento social y por este motivo no se debe desconocer la carga moral, ética y valorativa que éste posee. Es decir que, no se puede perder de vista que no se limita al intercambio científico, sino que tiene un uso social, en la medida en que se articula con intereses económicos, culturales y sociales, a través de los cuales ejerce un efecto sobre la vida cotidiana de los individuos.

En este sentido, es importante tener en cuenta que los conceptos provenientes de las teorías tradicionales tienen como finalidad reproducir un orden social. En relación con ello, la perspectiva crítica afirma “*que muchos de los conceptos científicos son producidos a partir de los saberes de la cultura popular; por su parte, éstos son resignificados a través de procesos de colonización del mundo de la vida mediante las tecnologías sociales y la racionalización de sus prácticas*” (Yuni; Urbano, 2008: 155). Es así, que se genera un círculo en el que el conocimiento científico permite que se repliquen ciertos valores dominantes, representaciones, roles y posiciones sociales.

En los últimos años, se hace hincapié en pensar al envejecimiento no como un proceso único y universal, sino como individual y atravesado por factores culturales, históricos y sociales. Además de esta corriente de pensamiento surge la idea de pensar distintas formas de envejecer en varones y mujeres, diversas forma de enfrentarlo y significarlo. “*Las transformaciones contemporáneas del proceso de envejecimiento como acontecimiento social han llevado al reconocimiento de la diversidad, la heterogeneidad y la dimensión ecológica del envejecimiento individual y social. La*

longevidad, la aparición de nuevas industrias de la vejez y la diferenciación interna de la población envejecida, entre otras transformaciones, tensionan la producción gerontológica y obligan al reconocimiento de las diferencias, las desigualdades y la diversidad de representaciones, prácticas y configuraciones identitarias de la vejez. (Yuni; Urbano, 2008: 160).

En este sentido, consideramos que a la hora de analizar los datos recolectados mediante las diferentes estrategias metodológicas, es necesario no perder de vista el hecho de que la vejez es un proceso singular y diverso en pos de poder entender las trayectorias y discursos de los adultos mayores. Asimismo, sostenemos pertinente tomar en cuenta que dichas trayectorias y discursos se encuentran atravesadas por la categoría género.

1.4.1 El sexo y género como construcciones sociales.

En este apartado nos parece necesario desarrollar la categoría de género en pos de poder analizar los discursos de los concurrentes de los Centro de Día para la Tercera Edad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En este sentido, partimos de la idea que el género es una construcción social. Las teorías feministas, salvando sus diferencias, conceptualizan el género, como *“el conjunto de ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales que una cultura desarrolla (...) para simbolizar y construir socialmente lo que es “propio” de los hombres (lo masculino) y lo que es “propio” de las mujeres (lo femenino)”* (Lamas, 2007: 84). A su vez, la misma autora explica que dicha construcción social *“funciona como un “filtro” cultural con el cual se interpreta al mundo, y también como una especie de armadura con la que se constriñen las decisiones y oportunidades de las personas (...)”* (p. 87).

Considerando los aportes de Bonder (1998) la categoría género ha recorrido un largo camino epistemológico a partir de la década del ‘60, en dos sentidos simultáneos: *“Por una parte se abocaron a una crítica sistemática de las nociones convencionales acerca de lo masculino y lo femenino que circulan no sólo en los discursos de sentido común, sino también en aquellos que se designan como científicos y que, de una u otra forma han proporcionado las explicaciones que asumimos como “legítimas” y/o*

“verdaderas” acerca de la diferencias sexuales y sociales entre varones y mujeres” (p. 3). En relación con ello, se puede dar cuenta de cómo las corrientes feministas han avanzado en la creación de nuevas categorías e instrumentos metodológicos en su intento de explicar cómo se ha constituido, a lo largo de la historia y en las diversas culturas, diferencias jerárquicas entre los géneros y cómo estas se producen y transforman.

La autora mencionada continúa desarrollando que en esos primeros momentos de la conceptualización sobre el género *“(…) fue definido en contraposición a sexo en el marco de una posición binaria (sexo y género), aludiendo a la segunda a los aspectos psico-socio culturales asignadas a varones y mujeres por su medio social y restringiendo el sexo a las características anatomofisiológicas que distinguen al macho y a la hembra de la especie humana”* (Bonder, 1998: 6). Dicho enfoque intentaba explicar cómo los sujetos adquieren y actúan roles e identidades de género, ya que presupone la existencia de una identidad personal al o de un yo delimitado originario que, a partir del proceso de socialización primario y secundario adquiere capacidades y motivaciones propia de su identidad genérica cumpliendo con las expectativas y mandatos impuesto culturalmente.

Retomando a Lamas (2007), el mundo es interpretado a partir de la diferencia sexual y esto atraviesa a todas las sociedades. En relación con ello, nos posicionamos en pensar que esta diferencia sexual es construida y legitimada socialmente. Las representaciones de género se fueron construyendo sobre la base de particularizar qué es lo femenino y qué es lo masculino. Desde que los sujetos nacen van adquiriendo significaciones que marcan la diferencia de ser hombre o mujer. Dicha simbolización se denomina género, existiendo múltiples interpretaciones, es decir existen múltiples esquemas de género. A su vez, la simbolización es representada a partir de un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que influyen y condicionan la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función del sexo establecido socialmente. En este sentido, la desigualdad entre los géneros se da a través de la significación que cada sociedad realiza según el contexto histórico y cultural.

En relación con ello, nos posicionamos en pensar, que si bien el género socialmente está organizado a través de lo femenino y lo masculino como oposición binaria mutuamente excluyente, existen otras identidades sexuales que rompen con

dicha construcción. Cristina Molina Petit (2000) menciona que esta manera binaria de concebir al género es una “actitud natural” que *“implica una serie de creencias como las siguientes: existen sólo dos géneros (masculino y femenino); el sexo corporal-genital es el signo esencial del género; la dicotomía macho-hembra es “natural”; todos los individuos pueden (y deben) ser clasificados como masculinos o femeninos y cualquier desviación al respecto, puede ser clasificada como juego o como patología”* (p. 257).

En relación con lo anteriormente mencionado consideramos los aportes de Bonder (1998) al criticar la concepción de género basada en los roles sexuales. En relación con ello la autora plantea *“En los últimos años el género ha dejado de ser una noción “llave” para explicar todos los procesos y fenómenos relativos a la situación social de la mujer (...) para convertirse en el centro de una controversia que de una u otra manera va construyendo una “genealogía política de la ontologías del género”, es decir, una desconstrucción de su apariencia sustantiva, iluminando los procesos de naturalización que producen ese efecto”* (p. 4). En este sentido, se plantea las limitaciones del concepto género para explicar la formación de la subjetividad femenina y masculina. Se piensa al género como una idea simplista que no toma en cuenta que la subjetividad se construye en y a través de un conjunto de relaciones con las condiciones materiales y simbólicas. El género *“(...) no es una propiedad de los sujetos ni un constructo fijo y terminado, condenado a una perpetua repetición”* (Butler, 1999: 25). Ello da a lugar a explicar cómo los sujetos se *“en-generan”* (Bonder, 1989; 5) en y a través de una red compleja de discursos, prácticas e institucionalidades, históricamente situadas, que le otorgan sentido y valor a la definición de sí mismos y de su realidad.

Por otra parte, y tomando a la autora Fernández (2004), se puede observar cómo a finales de los años noventa adquieren visualización otras identidades culturales como el travestismo y transexualismo, siendo esto una nueva oportunidad para interrogar y reflexionar acerca del modelo binario sexo/género. En este sentido, no solo se ponía en cuestión el uso de la categoría género sino también la de cuerpo y la constitución misma del sexo. Considerando los aportes de Foucault (1977) en su primer volumen sobre “Historias de la Sexualidad”, hubo una laboriosa construcción de las “scientia sexualis” las que han definido a la sexualidad como *“(...) un dispositivo que supone una*

oposición binaria entre los sexos. La construcción unívoca del sexo: 'a cada uno un sexo y uno solo', es producida al servicio de la regulación y el control social de la sexualidad" (p. 19). Es decir, que esta construcción es producida al servicio de la regulación y el control social de la sexualidad ocultando, de esta manera, diversas funciones sexuales. *"El sexo es, más precisamente, la matriz de disciplinas y el principio de las regulaciones"* (Fernández, 2004: 2).

Por último y retomando lo anteriormente desarrollado, el género no es lo único que se construye socialmente y culturalmente, el sexo, es decir el cuerpo como totalidad, también se va transformando en base a una narrativa de signos corporales que corresponden a cada género. En nuestra cultura Occidental, el género también es definido a través de las marcas corporales como gestos, accesorios, vestimenta, estética, etc. De ahí que el cuerpo también es producto de una construcción social y cultural, y no sólo biológico y natural.

1.4.2 Una perspectiva de la sexualidad en los espacios para adultos mayores

A partir de este trabajo, consideramos que es necesario integrar en los espacios dirigidos para los adultos mayores una perspectiva crítica acerca de la sexualidad en la vejez y una intervención que pueda problematizar los estereotipos que están instalados en esta temática.

Durante las entrevistas y sobre todo en el grupo focal, los adultos mayores protagonistas de nuestra investigación manifestaron su interés de tener espacios de reflexión y que abarquen una mirada abierta y flexible sobre la sexualidad. A su vez, sus pensamientos, experiencias y trayectorias son de suma riqueza para poder seguir analizando y repensando cómo se van dando los procesos sociales, culturales y políticos que nos atraviesan y nos van condicionando en las prácticas y discursos acerca de ella.

Con respecto a esto, Salvarezza (2000) plantea lo siguiente: *"sólo nos queda por delante la tremenda tarea de vencer la resistencia que proviene de la sociedad con toda su cohorte de prejuicios, prohibiciones y sanciones que se abaten sobre los viejos, privándolos del ejercicio de una parte de su vida"* (p. 222).

Es por ello que consideramos que es necesario replantearnos la intervención que llevamos a cabo desde el Trabajo Social y las demás disciplinas en la vida cotidiana de los sujetos, desde la niñez, la adolescencia y la familia para desmitificar las concepciones que nos atraviesan por ser parte de un orden que ronda en torno a un sistema normativo y patriarcal.

CAPÍTULO II

Las teorías acerca de sexualidad desde una mirada crítica e histórica y sus repercusiones en la actualidad

En este capítulo conceptualizamos la sexualidad desde una mirada histórica. Para ello tomamos los aportes de Foucault, Rubin y teorías feministas que realizaron estudios acerca de esta temática. A partir de ello, analizamos cómo estas significaciones se presentan de diversas maneras en los relatos de los adultos mayores.

2.1 La sexualidad desde un recorrido histórico

Tomando a Foucault (1977) en su trabajo “Historia de la Sexualidad”, el mismo desarrolla una genealogía sobre el sexo, en la cual describe diferentes períodos y tratamientos en torno al tema. Siguiendo esta línea, a comienzos del siglo XVII las prácticas sexuales no eran reprimidas, ni silenciadas, se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito. *“Los códigos de lo grosero, de lo obsceno y de lo indecente, si se los compara con los del siglo XIX, eran muy laxos. Gestos directos, discursos sin vergüenza, transgresiones visibles, anatomías exhibidas y fácilmente entremezcladas”* (p. 6).

En el siglo XIX, con el desarrollo de la sociedad capitalista moderna, la sexualidad es cuidadosamente controlada, la ley de pareja legítima es la familia conyugal y procreadora, único lugar para la sexualidad reconocida, utilitaria y fecunda. En este sentido, *“una sociedad afirma que su futuro y su fortuna están ligados, no sólo al número y virtud de sus ciudadanos, no sólo a las reglas de sus matrimonios y a la organización de las familias, sino también a la manera en que cada cual hace uso de su sexo”* (Foucault, 1977: 18).

En relación con ello, aquellas sexualidades que no estén orientadas a la generación no tienen lugar, ni ley, serán negadas, excluidas y reducidas al silencio, marginando las mismas en la periferia. Estas sexualidades ilegítimas no deben existir y se harán desaparecer a través de un régimen de poder-saber que dictará una multiplicidad de discursos verdaderos, morales y racionales sobre el placer considerado correcto, por medio de una serie de equipos disciplinarios que funcionarán en diferentes instituciones. Por lo tanto, la sexualidad se trata de un dispositivo complejo para

administrar el sexo en torno a discursos verdaderos. Su función no es tanto la de reprimir sino la de generar mecanismos de producción positivos, inductores de placer y generadores de poder, con efectos múltiples de desplazamiento, de intensificación, de reorientación y de modificación sobre el deseo mismo. Así, muchas conductas sexuales serán clasificadas como patológicas y por lo tanto exigirán intervenciones terapéuticas o de normalización a través de diferentes disciplinas científicas y tecnologías de poder.

En nuestro trabajo, partimos de la perspectiva constructivista propuesta por Foucault, para interpretar y analizar la sexualidad como una construcción social compuesta de manera multidimensional. En este sentido, la sexualidad no sólo se constituye por factores psicológicos y biológicos, sino que también está situada en un contexto histórico particular que la atraviesa, le da sentido y significado. Asimismo, la sexualidad se encuentra influenciada por otros elementos como la etnia, el género y la clase, los cuales se ponen en juego en la experiencia sexual.

Esta mirada constructivista se ubica en oposición a la corriente esencialista, la cual entiende a la sexualidad como una fuerza natural y universal preexistente a la vida social y a las instituciones. Desde la perspectiva esencialista, el sexo es considerado como algo eternamente inmutable, asocial y transhistórico.

Tomando a la autora Gayle Rubin (1989) “la sexualidad es política” ya que se ve influenciada por diferentes relaciones de poder que posicionan ciertas prácticas y conductas como correctas, verdaderas, normales, sanas y respetables y otras van a ser clasificadas de manera negativa, anormales y patológicas, siendo reprimidas, castigadas y transformadas a través de diferentes diseños institucionales y a través del saber científico. En relación con ello la misma autora plantea “*La sexualidad en las sociedades occidentales ha sido estructurada dentro de un marco social estrechamente punitivo y se ha visto sujeta a controles formales e informales muy reales*” (p. 16). Es decir, se va a producir e incitar por diferentes medios un tipo de sexualidad considerada normal.

La sexualidad valorada es aquella que se encuentra dentro del matrimonio heterosexual, que se produce en el ámbito privado para procrear, no comercial y dentro de la misma generación, dejando en la periferia y al borde de la respetabilidad a todos

aquellos actos sexuales diferentes y que no tienen como fin la reproducción, considerados como peligrosos para el bienestar social. Siguiendo a Foucault (1977) este tipo de sexualidad normativa se produce a partir del siglo XVIII con el objetivo de asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo y mantener el orden social a través de una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora. Por otra parte, Murillo Gonzalez (2007) plantean que en la sexualidad influyen diferentes factores como culturales, sociales, psicológicos y biológicos, los cuales son transmitidos de generación en generación por las instituciones encargadas de mantener el orden social.

Continuando con el análisis de este apartado sostenemos sustancial visualizar la influencia del esencialismo y la sexualidad normativa sobre la sexualidad en la vejez.

2.2 La corriente esencialista y la sexualidad normativa. Su influencia sobre la sexualidad en la vejez

Desde la sexualidad normativa y el esencialismo sexual *“se definió una norma de desarrollo de la sexualidad desde la infancia hasta la vejez y se caracterizó con cuidado todos los posibles desvíos (...)”* (Foucault, 1977: 24). En relación con ello la vejez se postula como un momento en el cual la sexualidad desaparece por ley o debería desaparecer, clasificando a los adultos mayores como asexuados, discapacitados, enfermos o posicionándolos únicamente en su rol de abuelos. Tomando a Salvarezza (2002), la sexualidad en la vejez es vista como innecesaria, negando la misma o si existe es cargada de estereotipos como el *“el viejo verde”* o la *“vieja desvergonzada”*.

Asimismo, como exponen Roa Venegas y otros (2002), la sociedad encasilla a las personas adultas mayores y les niega el derecho a la vivencia de una sexualidad, atribuyéndoles el título de la *“venerable ancianidad”*, reduciéndolos a una castidad obligatoria. Ello se puede ver reflejado en el siguiente fragmento de entrevista, en el cual uno de los adultos mayores concurrentes expresa su oposición con dicho prejuicio: *“(...) entonces ustedes condicionan a que sean todos estos abuelitos, te la devuelvo a la nieta. Yo me acuerdo a mi amigo, vienen nos quieren dar los alfajorcitos, yo le diría, hermano, págame un acto sexual, que me estás dando para que yo me sienta bien, me estás dando la comida así, la comida allá y sacas una foto conmigo. Por qué no traes una mina como la que sale tu viejo, que se yo, el viejo de Macri tiene 80 años y sale con*

artistas, con vedettes” (Laureano, 68 años). A pesar de que los adultos mayores entrevistados generalmente no se amoldan a esta idea, la misma es reproducida a través de mecanismos institucionales y por medio de la creencia popular, argumentada a través de diferentes justificaciones que se han convertido en mandatos sociales.

Es por ello, que consideramos que existen distintos tipos de justificación social. Una de ellas es la pérdida de fertilidad, entendiendo a la reproducción como condición y fin último de la sexualidad. En este sentido, la sexualidad de los adultos mayores se puede ver limitada por algunas creencias que la orientan hacia la genitalidad y al fin exclusivo de la procreación. Al producirse, especialmente en la mujer adulta mayor la supresión de la fertilidad, no se ve la utilidad social a la sexualidad de las personas mayores. Además, *“debido al lugar central otorgado al coito como práctica sexual se relegan otras relacionadas con el afecto y la sensualidad. Por otro lado, las valoraciones religiosas acerca del autoerotismo y de la misma educación restrictiva lo identifican como conducta reprobable, esta práctica es tomada como desencanto, ignorancia, miedo y vergüenza. Siendo de vital importancia en los adultos mayores, a veces única fuente de placer y garantía de continuidad de la actividad sexual a lo largo del tiempo”* (Freixas Farré y Luque Salas, 2008: 192).

Asimismo, la sexualidad es tomada como correcta dentro del matrimonio, lo que puede perjudicar la búsqueda de nuevas parejas por parte de los adultos mayores fuera del mismo.

Por otra parte, desde la perspectiva esencialista sobre la sexualidad, se sostiene que debido a cambios fisiológicos y biológicos, el interés y el deseo sexual debería ir disminuyendo con la edad, ya que desde dicha mirada se toma que los procesos de envejecimiento sexual comienzan hacia los 30 ó 35 años de edad, y siguen un proceso lento, variable entre las personas. Esto se puede ver reflejado a través de lo relatado por una de las adultas mayores entrevistadas: *“E: ¿Y qué espera de su sexualidad en el futuro? B: Y, de a poquito se irá apagando, jaja”* (Margarita, 70 años). En el caso de la mujer, se cree que la menopausia marca el final del goce sexual femenino. Con respecto al varón, cuando llega a los 40 y hasta los 55 años de edad, experimenta la andropausia, relacionando al hombre con la impotencia sexual.

Por último, debido al ideal del cuerpo joven, con frecuencia la sociedad cree que las personas adultas mayores pierden su atractivo físico, así como las capacidades fisiológicas que les permiten tener conductas sexuales.

A partir de dichos prejuicios instalados como mandatos sociales frecuentemente se percibe a los adultos mayores como asexuados. En muchos casos esto también puede influir en las percepciones de los propios adultos mayores sobre su sexualidad, creyendo que si los mismos tienen interés por el sexo puede ser un hecho anormal, como se puede visualizar en el relato de una de las entrevistadas: *“Yo todavía soy sexual. Yo fui a un médico, pero mire lo que me paso. Yo a qué médico le puedo preguntar si es normal o si soy fuera de lo normal, qué me pasa que yo tengo ganas de tener sexo”* (Azucena, 73 años). Sin embargo, a pesar de que estos prejuicios están instalados en nuestra sociedad como mandatos, consideramos importante resaltar que estos son cuestionados desde las teorías gerontológicas críticas y feministas, posibilitando una deconstrucción de los mismos.

2.3 Percepciones sociales acerca de la vejez y la sexualidad de los adultos mayores

En los relatos de los adultos mayores se visibiliza un reconocimiento por parte de los sujetos, acerca de que los mandatos religiosos, educativos y familiares influyeron en la conformación de su personalidad y en la construcción de una visión acerca de la sexualidad, y que a su vez continúan presentes el día de hoy. Esos mandatos son los que constituyen la idea de un “deber ser” para cada género y para cada momento de la vida.

En términos generales, las mujeres relacionan la juventud con el placer, encontrar una pareja, enamorarse y contraer el matrimonio, para luego tener hijos. Y la vejez, al momento de descanso, de pasividad y en algunas ocasiones del cuidado de los nietos. Por otro lado, están los hombres entrevistados que reniegan ese lugar del adulto mayor como sujeto pasivo, como “abuelo”.

Esto último lo manifiesta un entrevistado con tono de cierta resignación, de lo que se espera que un adulto mayor haga a su edad: *“Y ya sos, ya estás, no podés, y es más, ya tenés que dedicarte a balconear o a quedarte sentado mirando algo en la televisión, esa es la experiencia que yo tengo a esta edad, ¿no?, como que estoy sintiendo eso”* (Pedro: 75 años).

Lo interesante es que hay ciertos momentos que expresan divergencias acerca de ese orden establecido en los cuales cuestionan eso que fue por tanto tiempo impuesto y se puede observar una tensión del pasado con el presente.

Pudimos observar que dicho orden que establece qué es lo que tiene que hacer al adulto mayor se ve cuestionado a partir de poseer un reconocimiento de su propia condición. El hecho de reconocerse como viejos, les permite posicionarse desde un lugar hacia el entorno, reconstruirse y darle sus propias significaciones al transitar la vejez. *“Desgraciadamente llegás a la vejez que hay un montón de enfermedades, sobre todo mentales, que bueno... se van deteriorando más las cosas y bueno posiblemente.... Pero todavía hay un montón que vienen bien, que tienen fuerza. Entonces, encajonan a todos en el mismo, cierran y lo tiran al agua. Ahora nadie se acuerda que va a venir viejo eh. Nadie se acuerda. Hablan de los viejos ¿y ellos? ¿No van a venir a viejos?”* (Jazmín, 71 años).

Con respecto a la sexualidad, también se presenta esta dicotomía. Una contradicción que surge entre la imagen que está construida en torno a la vejez y la propia percepción que poseen de sentirse activos y con motivaciones que no estarían acordes a su edad.

Una entrevistada nos comenta con respecto a la influencia que hay por parte de la sociedad en referencia a la sexualidad en la vejez: *“Ah sí. Y bueno porque antiguamente una mujer de sesenta años ya era grande. Imaginate una mujer de 80 menos, ¿Qué van a pensar que va a tener sexo? Yo no creo que mi hijo piense que yo me voy a hacer jajaja. No sé, se lo imaginará, pero no creo que... naahh ¿Qué va a creer?”* (Rosita: 73 años).

En este último relato se observa que la opinión del entorno posee importancia en el significado que se le otorga a la sexualidad en la propia vejez. Simone De Beauvoir (2011) plantea que la opinión genera presión y se establece como barrera, ya que a partir de ella es que el adulto mayor se pliega al ideal convencional que le es propuesto, por temor al escándalo o por hacer el ridículo.

Sin embargo, existen diferentes modelos teóricos acerca de la sexualidad que cuestionan dichas percepciones, uno de ellos es el basado en el placer.

2.4 La sexualidad en la vejez y el modelo sexual basado en el placer

Tomando a la sexualidad como construcción social y política, consideramos que la misma no se presenta de manera ahistórica, asocial, universal, natural y verdadera sino que cambia a lo largo de la vida. En relación con ello, la autora Simone de Beauvoir describe que la sexualidad no existe per se, se hace, *“Envejecemos cómo hemos vivido, la sexualidad se plantea como una continuidad de cómo se experimentó en otras edades y se relaciona con ideas, mandatos y creencias sobre ella”* (Freixas Farré y Luque Salas, 2008: 194).

En este sentido, a pesar de la idea instalada socialmente que considera a los adultos mayores como asexuados, se puede observar a través de los diferentes datos recolectados, que la mayoría de los adultos mayores concurrentes a los Centros de Día de Tercera Edad del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires rompen y cuestionan en ciertos sentidos la misma. Una de las entrevistadas expresa *“Y bueno más de alguna persona diría bueno los años se van se van, no lo hiciste, no fuiste feliz, te querés acordar... ¿por qué? ¿Porque te pareció que a esta edad no se puede? No, ¡sí se puede!”* (Margarita, 70 años).

Consideramos que la sexualidad se presenta de forma particular en cada persona y la manera de obtener placer comprende múltiples posibilidades, no se rige por una ley absoluta sobre lo permitido y lo no permitido, ni por un criterio de utilidad. *“Se trata de intervenir en la vejez desde un modelo biográfico que respete la historia, los valores y las decisiones de las personas mayores, ofreciéndoles posibilidades y no proponiéndoles exigencias”* (Ramos Toro, 2008: 9).

Continuando con lo anteriormente desarrollado, la sexualidad es heterogénea, no desaparece por ley universal en la vejez. Por ejemplo, tal como se puede ver reflejado en una respuesta de la encuesta en la cual se pregunta: *“¿Qué es para usted la Sexualidad?”*, una señora escribió: *“La sexualidad es para todas las edades porque renueva y rejuvenece por dentro y por fuera”* (Violeta, 73 años). Murillo Gonzalez (2007), sostiene que la sexualidad debe ser considerada como algo más que un asunto genital; es parte de la expresión de la personalidad, por lo que es difícil imaginar que se

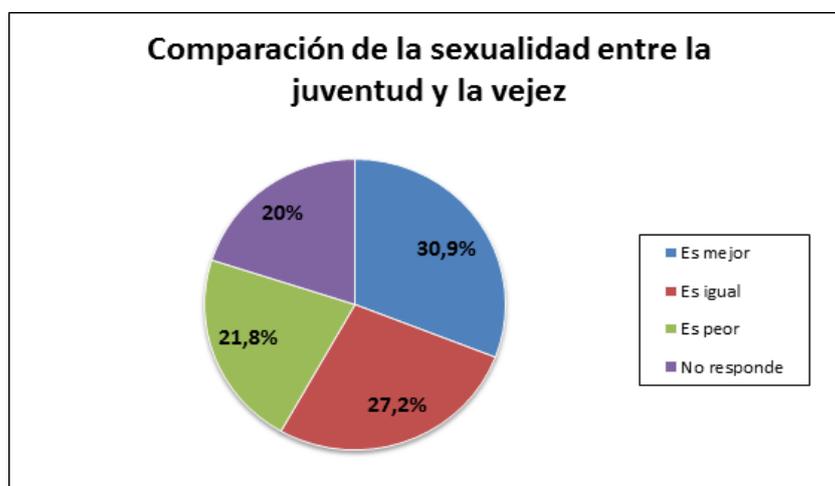
le pueda negar a cualquier persona la vivencia plena de ésta, e incluso creer que desaparece en algún etapa de la vida.

Siguiendo a la autora Freixas (2008), *“La sexualidad y sus diversas manifestaciones cambian a lo largo de la vida en función de la situación personal, emocional, coyuntural, física, etc.”* (p. 194).

2.5 Cambios en la sexualidad: juventud y vejez

Uno de los ejes en el que hemos hecho hincapié en las entrevistas, en la encuesta y en el grupo focal, fue indagar acerca de los cambios que perciben los adultos mayores acerca de la sexualidad entre la juventud y la vejez. Para ello nos enfocamos en las trayectorias de vida de cada adulto mayor, ya que consideramos que de esta manera se puede dar cuenta de las experiencias sobre cómo se fue vivenciando la sexualidad en otras etapas de la vida y comprender cómo se vive en la actualidad.

Durante la encuesta se propuso hacer una comparación de la sexualidad con otros momentos de la vida, las respuestas mostraron que la mayoría de las personas (30,9 %) consideran que su sexualidad es mejor que en otros momentos de su vida, en segundo lugar, un alto porcentaje (27,2 %) percibe que es igual y solo la minoría (21,8%) afirma que es peor.



Fuente:
Elaboración Propia
Lugar: Centros de
Día de la Tercera
Edad GCBA
Año: 2014 N=55
En la misma se dio la opción de escribir

en qué consisten esos cambios, dentro de ellos surgen una serie de respuestas heterogéneas entre sí. Para los que consideran que la sexualidad actualmente es mejor respondieron:

“Mucho mejor, soy libre” (Julio, 80 años).

“La experiencia, tuve malas experiencias mi primer pareja siempre hubo una muy buena relación en todo menos sexualmente. Ahora con mi pareja bien, es mutuo” (Camelia, 70 años).

“Menor frecuencia- otra satisfacción- Nueva espiritualidad. Lo que antes se hacía en 20 minutos ¡hoy dura un fin de semana!” (Benjamín, 73 años).

Estas respuestas nos permiten comprender que la sexualidad en la actualidad para ellos es percibida de manera “positiva”. Para algunos esa mejoría se relaciona con la libertad, con sentirse renovado, con otras experiencias que no fueron buenas y a partir de ello se replantean qué relación quieren vivir. Con respecto a esto último vemos que las experiencias sirven de parámetro para comparar y evaluar en qué circunstancia se encuentran. Una de las entrevistadas durante el grupo focal, nos remitió a un dicho que dice *“Si de joven supiera, y de viejo pudiera”*. Durante ese momento del diálogo ellos manifestaban que las experiencias sexuales de otros momentos pueden generar que no se quiera hablar más de ello o en caso contrario se continúe viviendo igual o mejor.

En una entrevista publicada en el año 2012 en el diario Clarín a la reconocida filósofa y profesora de la Universidad de Buenos Aires Esther Díaz, menciona que durante su juventud y por mucho tiempo vivió su sexualidad con vergüenza, con sentimientos reprimidos, sin placer a causa de los mandatos religiosos y familiares. Pero que luego de haberse desprendido de aquellas situaciones que limitaba su goce sexual, pudo comenzar a transitar una sexualidad basada en el placer y en aceptar los cambios físicos de la vejez. En dicha entrevista la autora reflexiona: *“¿por qué nuestra sociedad invisibiliza el deseo de los viejos si el sexo no tiene fecha de vencimiento? Aunque ya no apremia de modo compulsivo, mi anhelo sexual sigue activo. Actualmente no siento pudor de jugar con alguien si me gusta y me siento deseada”* (Clarín, 2012).

Consideramos que esta respuesta de considerar mejor la sexualidad actual en comparación con la juventud proviene de reconocer que aquellos cambios en los tiempos, en las relaciones, en el cuerpo son inevitables, que son parte del proceso de la vida y ello conlleva a reconocerse en la condición en la que se encuentra, o sea en

reconocerse como viejos. Acerca de esto mencionado, Simone De Beauvoir (2011) en la introducción de su libro “La vejez” plantea: *“No sabemos quiénes somos si ignoramos lo que seremos: reconozcámonos en ese viejo, en esa vieja. Así tiene que ser si queremos asumir en su totalidad nuestra condición humana”* (p. 11).

A su vez, observamos cómo los mandatos definidos por el modelo normativo de la sexualidad basada en el coito y en la reproducción sobre todas las cosas, no sólo impactan en las vivencias sexuales durante la juventud sino que perduran y condicionan en la propia subjetividad individual como en la mirada social acerca de la sexualidad en la vejez.

Para continuar analizando los cambios que se generan en las vivencias de la sexualidad, un relato que nos parece que permite entender cómo son percibidas estas transformaciones es la que nos brinda un entrevistado: *“lo que antes se hace en 20 minutos, ahora se hace en un fin de semana, es decisiva”* (Pedro, 75 años). Aquí se puede dilucidar el lugar que tiene el tiempo en la juventud, como una pasión del momento, de vivir el instante, lo inmediato. Y el hecho de plantear que ahora “se hace en un fin de semana”, conlleva a que no sólo es el acto sexual en sí, sino que implica otras cosas, como se mencionan a continuación: *“Vos no vas derecho, viejo al orgasmo en cuanto te largaste a la cama. Noo, eso puede esperar, hay varios, de parte mía y también de parte de mi pareja, la mujer tiene que comprenderlo y uno también, uno sabes cómo tiene que sacar el ego de macho. Tenes que sacártelo. Pasar de la impotencia a la realización, en una tarde. O tal vez en dos tardes. Pero una sesión erótica, un encuentro erótico puede empezar, incluye mate, radio, conversaciones, discusiones, siesta, cualquier cosa, que sea más o menos de a dos. Cosas así, pizza, y vuelta, y vuelta. Y chau hasta mañana, “pero mañana sí, ¿no? Sí, mañana sí. Es más o menos así el programa, pero tenés que ponértelo como algo que te queda bien. Flaco, no es como cuando tenías 20 años, incluso... (Lo dice murmurando) es más lindo”* (Alfonso, 65 años).

Tanto en este fragmento como durante el grupo focal, se referían que en la juventud la sexualidad se vive con mayor pasión, se relaciona el “fuego”, “explosión de emociones” como características de ese momento. Y en la vejez se puede percibir que los tiempos cambian, eso no quiere decir que sea peor, sino que otros elementos entran

en juego. Se pueden considerar como “*satisfacciones indirectas*” según plantea Simone De Beauvoir (2011), esto quiere decir que no se enfoca la sexualidad desde el acto sexual en sí mismo, sino que como plantea el entrevistado el “*mate, radio, conversaciones...*” (Alfonso, 65 años) son parte de vivir la sexualidad desde una manera distinta a la de la juventud.

“Mujer: Si, tercera edad es otra cosas es, un poco se cambia eso, no es tan como explosión de emociones como en la juventud, explosión y cambian de pareja a pareja, quieren buscar más emociones, más sensibilidad, más no sé (Libertad, 66 años).

Hombre: Placer (Laureano, 68 años).

Mujer: Más placer, más fuego, más fuego (Jazmín, 71 años).

Mujer: No, lo digo en la juventud es fuego, más fuego” (Azucena, 73 años).

Con respecto al porcentaje que respondió que la sexualidad en la vejez se vive peor, escribieron que se debe a:

“Antes tener sexo con una mujer era tener el mundo con las manos. Ahora da lo mismo” (Bernardo, 84 años).

“Menos deseo, se debe a la edad” (Vito, 70 años).

“Cuando pasa el tiempo no es lo mismo, a nivel físico” (Bernardo, 84 años).

“Noto que desde que me separé tuve muchas enfermedades, hasta cáncer y engordé como 15 kilos” (Libertad, 67 años).

“Forma parte de la vida con la pareja. Actualmente soy viuda y no tengo relaciones sexuales” (Delia, 64 años).

Con respecto a la sensación que la sexualidad en la vejez es peor en comparación a otros momentos de la vida, aunque es la opción menos escogida podemos ver que esa percepción “negativa” es transitada de distinta manera para el hombre como para la mujer.

Se puede observar que las mujeres que respondieron que es peor, lo relacionan con la separación o con la viudez. En otras palabras, seguimos observando que continúa presente la lógica de vivir la sexualidad dentro del matrimonio o estando en pareja, y que la mujer vive su sexualidad en condición de estar con un otro.

Por otro lado, los hombres relacionan esa declinación a los cambios físicos, en los cuales el cuerpo no responde de la misma manera que en otros momentos. Y que

esos cambios son los que impactan de manera desventajosa y obstaculizan el desarrollo de vivenciarla tal como en la juventud.

Por ello, reconocer los cambios, el paso del tiempo, nos demuestran que son factores facilitadores para vivir “mejor” la sexualidad que en otros momentos. Entendiendo que la juventud y la vejez forman parte de momentos dentro del curso de la vida, pero que ninguno de ambos es peor o mejor que el otro.

Por último, como expusimos anteriormente, los cambios en la sexualidad están atravesados por diferentes factores, uno de ellos es el género. De esta manera, creemos necesario analizar la influencia del género en la sexualidad y particularmente las diferencias establecidas alrededor de este.

2.6 El doble tabú de la mujer adulta mayor y su sexualidad

Para continuar, queremos profundizar nuestra mirada acerca de la concepción que hay sobre la mujer (adulta mayor) en la cotidianeidad pero sobre todo en el desarrollo de su sexualidad. Como mencionamos en el apartado anterior, los mandatos limitan los comportamientos y las prácticas cotidianas y específicamente las sexuales, tanto en hombres como en mujeres. En este sentido, *“La sexualidad humana ha estado, desde épocas remotas, envuelta en una fuerte capa de represión, tanto individual como sociocultural y, especialmente religiosa, lo cual ha llevado a que existiera un desconocimiento pronunciado sobre ella, que recién comenzó a develarse a principios del siglo XX y que se aceleró rápidamente en la década de 1960 cuando apareció la así llamada revolución sexual”* (Salvarezza, 2002: 178). Pero, ¿qué sucede cuando hablamos en especial de las mujeres, y más aún de la mujer adulta mayor y su sexualidad?

Retomando la idea de que el modelo patriarcal y heterosexual condiciona la subjetividad de hombres y mujeres siendo limitante para ambos. En correlación con ello, nos posicionamos en entender que éste modelo no sólo oprime a la mujer, pero sí consideramos que en torno a ella existen mayores prejuicios y tabúes que en los hombres a la hora de hablar de su sexualidad.

Esa opresión surge de los estereotipos que se definieron en base al lugar que debe ocupar la mujer a partir del surgimiento de un orden social en el que el género masculino resulta ser el predominante para el funcionamiento y la reproducción de un tipo de sociedades.

Quien explica el origen del patriarcado es Evelyn Reed (1970) a partir de las teorías marxistas, planteando que la opresión a la mujer no es del orden natural, o sea no siempre fue de esa manera. En la prehistoria se demostró que las mujeres estaban a la par de los hombres y eran reconocidas por ellos desde una condición igualitaria.

En relación con ello la misma autora plantea, *“Los factores clave que llevaron al derrocamiento de la posición social de la mujer tuvieron origen en el paso de una economía basada en la caza y en la recogida de comida, a un tipo de producción más avanzado, basado en la agricultura, la cría de animales y el artesanado urbano. La primitiva división del trabajo entre los sexos fue sustituida por una división social del trabajo mucho más complicada”* (p. 3).

Continúa explicando que esta división social y sexual del trabajo, da lugar a la conformación de la familia tradicional y a la institución del matrimonio monogámico donde la mujer fue colocada bajo el completo control del marido. Entonces, comienza a relacionarse a la mujer con los ámbitos de la reproducción, la procreación, los cuidados, el hogar, la crianza, la belleza, la moral, lo privado, etc. Estos espacios fueron estableciéndose como únicos y naturales, no se cuestionan y aunque actualmente nos encontramos en procesos de transformaciones persisten en las prácticas cotidianas.

Es por ello, que nos parece importante pensar que esta división sexual del trabajo no radica sólo por una diferencia biológica, sino que son construcciones histórico sociales que atraviesan generaciones y se encuentran presentes en la cotidianeidad, conformando un lenguaje común.

Retomando a la pregunta que origina este apartado, y relacionándolo con la posición social que se le adjudica a la mujer se puede dar cuenta que se encuentra en una situación de opresión que limita el desarrollo de su sexualidad en comparación a cómo lo vive el hombre. Esto a su vez da lugar a que en la vejez estas diferencias se encuentren asentadas con mayor naturalidad.

El fundamento de dicha presión, plantea Salvarezza (2002) yace en que la mujer fue moldeada por la lógica del mundo occidental cristiano que establece que el sexo era posible con fines de la procreación, que el placer debía ser apreciado por el hombre y la mujer dentro del matrimonio. A su vez el autor expresa que en el pasado *“la mujer era considerada siempre en desventaja: menos inteligente que el hombre desde el punto de vista cognitivo, mínimamente libidinosa y con menos capacidad para la respuesta sexual. La virginidad era esperable en la mujer y el atletismo sexual en el hombre”* (p. 182). Esta descripción que realiza el autor, se relaciona con la concepción que tiene uno de los entrevistados acerca de la mujer: *“Y las mujeres en general, no me resultan más que sujetos con los cuales yo puedo dar cosas, que puedo aportar cosas, que hay cosas que no saben, que no entienden, que no conocen porque vienen del mundo del hombre”* (Alfonso, 65 años).

Estos preceptos se traslucen con frecuencia en los discursos de los adultos mayores: las mujeres relacionan constantemente a la sexualidad con el marido, con una pareja estable y que la juventud se debe encontrar a un hombre para tener hijos y conformar una familia. Se espera que la mujer sea una “señora”, una “dama” para encajar en esa imagen que espera la sociedad. Este punto será desarrollado en los dos apartados siguientes sobre la conquista y el significado del amor para ambos géneros.

En cuanto a la sexualidad, un refrán al que hace referencia una entrevistada y da cuenta de la función social que se espera del género femenino es: *“la mujer deber ser muy buena ama de casa en su cocina, en su casa, cuidando los chicos... pero deber ser, perdón la palabra, puta en la cama”* (Margarita, 70 años). El hecho de ser “muy buena ama de casa” y “puta en la cama”, remiten a un otro, a brindarle cuidados o placer al hombre. Este punto lo explica de la autora marxista Reed (1970) cuando dice *“que las mujeres, en un tiempo “administradoras” de la sociedad, con la formación de las clases fueron degradadas al papel de administradoras de los hijos de un hombre y de su casa”* (p. 5)

Por el lado del hombre, la percepción de su sexualidad y el goce de ella es una condición que es inherente a él. Ya desde la infancia se los considera sujetos que poseen deseos sexuales, en contraposición a las mujeres que no lo demuestran, o se les enseña a no demostrarse interesadas por el sexo. Esto se debatió en una parte del grupo focal:

Mujer: *Desde que se nace, los varoncitos, te vas a dar cuenta, las nenas no sé cómo es el asunto, este....desde que nacen tienen sexo, es decir, sienten ya tienen (Lita, 73 años).*

Hombre: *¿Por qué el varón y no la mujer? (Pedro 75 años).*

Mujer: *Ahora, ¿Me dejas hablar? Al varoncito se le nota, en vez a la mujercita no, no, es diferente, pero igualmente siente, al sentirse más grandecita, ya la sangre le hierve y siente sexo, lo que pasa que depende de la educación, las enseñanzas a lo largo de la vida” (Rosita, 73 años).*

Esta creencia se prolonga a lo largo de la vida de las mujeres, sosteniendo la idea de que las mujeres adultas mayores pierden deseo sexual, como dice uno de los entrevistados: *“ya no les interesa y ponen, porque no lo viven como el hombre, porque ya no les interesa el sexo en realidad” (Alfonso, 65 años).* Asimismo, se conserva la idea que el autoerotismo no es para las mujeres.

Sin embargo, a pesar de esta creencia sobre la mujer, el patrón cultural patriarcal también establece ciertas exigencias sobre el hombre y su sexualidad, además del rol preestablecido para este en el ámbito público de la vida cotidiana. Las exigencias sexuales para el hombre giran en torno a la idea de que el género masculino siempre tiene que estar dispuesto a tener una relación sexual, ser activo en la misma, tener interés y deseo sexual continuamente. Por ello, consideramos que el sistema patriarcal y el modelo sexual que deriva de este, no sólo limita a la mujer, sino que establece ciertas barreras para el hombre como demostrarse poco afectivo y escasamente sensible, autosuficiente, cuestionado sino se encuentra activo sexualmente en todo momento, entre otras.

CAPÍTULO III

Mandatos sociales, contradicciones y rupturas

Si bien los adultos mayores concurrentes a los Centros de Día de CABA tienen en su mayoría una mirada no prejuiciosa sobre la sexualidad en la vejez, hay ciertos mandatos sociales que aún persisten e influyen en la experiencia sexual. De esta manera Freixas (2008) plantea *“Las ideas y prácticas relacionadas con la sexualidad que hemos tenido en la juventud se convierten en un sistema de creencias que hará más o menos factible la vivencia satisfactoria de la sexualidad en la edad mayor”* (p. 192). En este sentido, tomando a la misma autora, el control social y político de la expresión sexual impide que muchas personas puedan vivir la sexualidad con satisfacción, tranquilidad y libertad. Asimismo, en algunas circunstancias dichos mandatos sociales entran en contradicción con los cambios sociales que se están generando en la actualidad respecto a la manera de pensar la sexualidad.

La vivencia y práctica de la sexualidad, está condicionada en relación a algunos elementos claves como el significado cultural otorgado a la reproducción, la relación entre la sexualidad y el amor, la interiorización de la heterosexualidad obligatoria, la asunción de un único modelo de belleza asociado a la juventud, las prácticas de autoerotismo y la centralidad del coito, el matrimonio y la pareja estable.

3.1 Relaciones sociales en el marco del modelo heterosexual

A partir de este apartado, analizaremos algunos conceptos que se presentaron con frecuencia en las entrevistas y consideramos que pueden dar cuenta de cuáles son las representaciones y construcciones en torno a lo que se espera, debe y hace “el hombre” y “la mujer” en una relación y cómo éstas a su vez impactan en la vejez.

En otras palabras, podemos visibilizar aquellas nociones que configuran lo “masculino” y lo “femenino”, qué atributos se deposita en cada género y a su vez qué condiciones debe presentar la mujer y el hombre para conformar una relación considerada correcta y deseable según lo que socialmente está establecido.

Consideramos que estas diferencias están condicionadas por el modelo heterosexual y patriarcal que está instaurado como único y normal, que impone mandatos en las formas de relacionarse entre unos y otros. Estos mandatos también están ligados con la educación, el contexto de una época y la religiosidad de las culturas occidentales.³ Uno de los entrevistados manifestaba lo siguiente: “*condicionados estamos por todo... por todos los mandatos y todas las cosas que escuchamos y todo lo que nos dijeron a través de la iglesia, a través de las represiones*” (Laureano, 68 años). También se nombra a la “escuela”, la “familia” como instituciones que influyen hasta el día de hoy en la forma de pensar (se).

Por otra parte, Gayle Rubin (1989) plantea que las sociedades modernas occidentales se encuentran atravesadas por la existencia de un sistema jerárquico de valor sexual que organiza las relaciones sociales, posicionando en la cima de la pirámide al matrimonio, la heterosexualidad y la familia con una valoración positiva y normal. Por debajo se encuentran las parejas heterosexuales no casadas, luego las parejas homosexuales estables que se están al borde de la respetabilidad, y al extremo de esa pirámide se encuentran los travestis, transexuales, y las parejas que transgreden las fronteras generacionales clasificado como lo malo y lo anormal.

Este sistema que posiciona al hombre y a la mujer con atributos determinados busca, a su vez, clasificar qué tipos de relaciones son las esperables para un orden social vigente, fue construyendo y conformando lo normal y lo esperable de cada persona y la relación con un otro/a.

³ Mary Wollstonecraft (2013), considerada una de las primeras feministas, en su ensayo “Vindicación de los derechos de la mujer”, critica fuertemente la educación de Inglaterra en el siglo XVIII que negaba el acceso a las mujeres y las sometía a estar a merced de las virtudes del hombre y para ello debía presentarse como una “dama” con ciertos parámetros de elegancia y belleza. Aunque hayan pasado siglos de aquellas referencias, podemos dar cuenta que planteos como estos aún continúan perdurando hasta el día de hoy.

De esta manera la misma autora describe: “*Las mujeres, comúnmente denominadas damas, no han de ser contradichas en público, no se les permite ejercer su fuerza física y de ellas sólo podemos esperar las virtudes negativas, si es que alguna virtud se puede esperar, tales como paciencia, docilidad, buen humor y flexibilidad, virtudes todas ellas incompatibles con cualquier ejercicio vigoroso del intelecto*” (p. 75).

3. 2 “El sexo es una conquista social”⁴

A lo largo de las entrevistas, pudimos observar que un elemento que está relacionado al sexo es la idea de “la conquista”. Se espera que el hombre conlleve ciertas estrategias para seducir y ganar la confianza de la mujer, de esta manera demuestra su masculinidad para luego concretar su propósito que es el acto sexual.

El lugar de la mujer en esta conquista es pasiva, Freixas (2008) plantea que la pasividad está intrínsecamente relacionada con la femineidad ya que al mostrarse “*activa e interesada en el sexo puede recibir el castigo social del estigma de puta*” (p. 193). Lo mismo se puede ver reflejado en el siguiente fragmento de entrevista “*Bueno, pero hay que tener vergüenza, la mujer no tiene que perderla nunca*” (Jazmín, 71 años).

De esta manera, se visibiliza que la base de estas relaciones yace en la división de roles dentro de un sistema patriarcal. Molina Petit (2000), explica que la sexualidad (entendida como una construcción social), asume la forma masculina a partir de dicho sistema y que la sexualidad de la mujer es “*definida como mera proyección de la del varón o como objeto de la sexualidad del varón*” (p. 265). En el fragmento a continuación se puede dar cuenta a grandes rasgos cuáles son esas diferencias de género:

Hombre: “Aparece la idea de la “conquista” para luego tener sexo”

Mujer: “Tenés que ser delicado, caballero”... “Romántico”

Hombre: “A la mujer lo único que le interesa es ir a comer y después me dice: “chau”
(Diálogo del grupo focal).

Por parte del hombre, la conquista es todo aquello que pueda hacer para convencer a la mujer y “luego tener sexo”, por más que su propósito sea lo sexual tiene que llevar a cabo una serie de acciones y actitudes para que pueda ser considerado. Las actividades que resuenan son: “*llevarla a cenar*”, “*llevarla al cine*”, pero más allá de la propuesta en sí, podemos dar cuenta que se posiciona a la mujer como objeto cuando expresan que hay que “llevarla”, o “a la mujer hay que conquistarla”.

⁴ Cita extraída de entrevista a Álvaro 71 años.

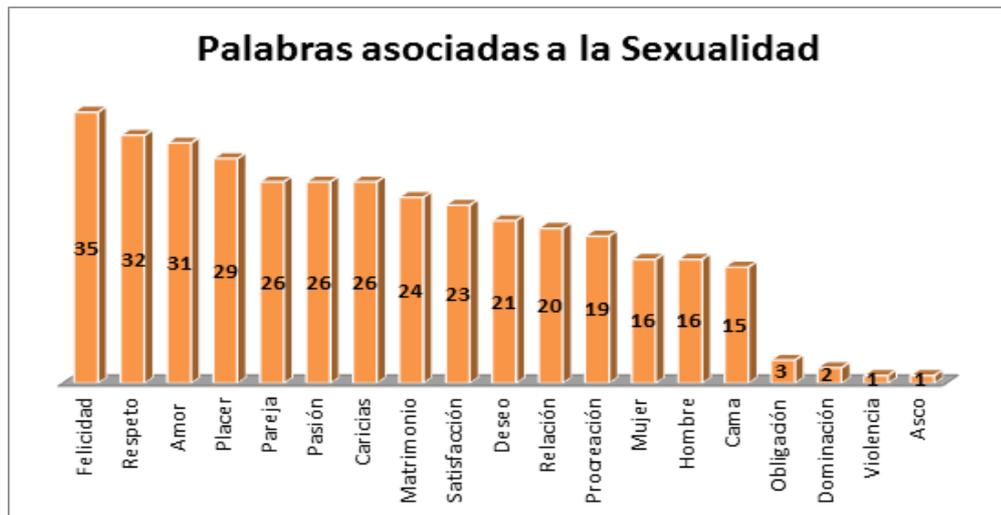
Uno de los entrevistados, en relación a ello comenta: *“Porque yo siempre he hecho cosas rarísimas, pero no raras en el sentido de que son prohibitivas, sino cómo hago yo para conseguir sexo, si la sociedad me pide, una chica me pide, que tenga coche, que le pague, que la invite, que la conquiste, que le haga regalos para tener lo que en realidad yo quería de entrada. Si yo tengo claro lo que quiero, yo puedo saltar todo esos pasos y en esta última etapa como, para no mentir, porque si no estaría mintiendo, hablamos de una mentira piadosa como en realidad yo le llevo felicidad”* (Laureano, 68 años).

Podemos observar que el hombre también se encuentra en una posición que lo condiciona, y limita su acción: *“lo mío siempre... se basó en otra época también que tenía algo de dinero y tenía un coche. Yo las quiero a todas y la verdadera felicidad es lograr en un determinado momento llegarle al corazón con cosas mínimas, insignificantes. Hablamos de las flores, hasta un abrazo, alguien que está acongojada (...) A la mujer hay que pegarle ahí porque si no tampoco se explicaría como a lo largo de la historia tipos muy feos, han tenido unos amores increíbles”* (Laureano, 68 años).

A lo largo del análisis de este apartado pudimos visualizar, tal como hacemos descripto, que aunque “la conquista” está presente en el relato tanto de hombres como de mujeres, tiene significados diferentes para cada uno, en cuanto a lo que se espera del/a otro/a, y lo que debe hacer para el/la otro/a.

3.3 El amor, ¿Una condición para el sexo?

En uno de los apartados de la encuesta, se dio la opción de elegir diferentes palabras asociadas a sexualidad, seleccionadas a partir del marco teórico. En ella se pudo observar que las palabras más representativas son: felicidad, respeto y amor, y las palabras menos representativas son: asco, violencia, dominación y obligación.



Fuente: Elaboración Propia Lugar: Centros de Día de la Tercera Edad GCBA

Año: 2014 N=55

Para conceptualizar el amor como construcción social Simone De Beauvoir (2013) lo explica de la siguiente manera: *“La palabra “amor” no tiene, en absoluto, el mismo sentido para uno y otro de ambos sexos, y ello constituye una fuente de los graves malentendidos que lo separan. Bryon ha dicho, justamente, que el amor no es en la vida del hombre más que una ocupación, mientras que para la mujer es la vida misma”* (p. 636).

Nos interesa enfocarnos en las perspectivas que posee cada género con respecto al amor, ya que consideramos que éstas influyen en las formas de entender la sexualidad. El amor, por parte de las mujeres se interpreta desde lo discursivo como *“una entrega total del cuerpo y del alma, sin restricciones”* (Nietzsche, 1882). Como una cuestión inseparable al pensar la sexualidad: *“Yo lo escribí, el lado B del amor, para mí el amor va primero eh”* (Margarita, 70 años).

Una entrevistada manifiesta que la sexualidad no es sólo “goce del momento”, sino que se trata de *“sentir (...) tenés un tiempo para recorrer que vas adquiriendo experiencia realmente todo, además, si realmente sentís con tu pareja, aun siendo novios, la tenés que cuidar, la tenés que proteger, no la podés usar y archivar y tirar eh...tiene que haber esa, esa forma de convivencia, de entendimiento mutuo, capricho no corren, para nada, tiene que ser sana”* (Azucena, 73 años).

Con respecto al hombre, lo que va a buscar conquistar es el amor de la mujer, pero no debe demostrarse como “un gran enamorado” dice Beauvoir (2013), ya que expresándose de esa forma, no sería considerado hombre. La frase de Laureano citada anteriormente “*llegarle al corazón con cosas mínimas e insignificantes*” nos permite retomar el planteo Beauvoir de lo que para el hombre significa el amor como ocupación.

Durante el grupo focal, una mujer expresó que para el sexo tiene que haber: “*Respeto, con respeto, las parejas deben respetarse, si es una pareja estable, ahí nace el amor y ahí después viene el sexo*”, “*sino le pones amor, no sirve. Yo hablo como mujer, vos como hombre*” (Magdalena, 65 años). En contrapartida a esa visión, los hombres plantean “*el sexo se puede dar, con amor, sin amor*” (Alfio, 71 años).

Para las mujeres se percibe que una condición para llegar al sexo es estar enamorada, para Freixas (2008) uno de los mandatos culturales que influyen en la mujer es igualar el sexo al amor, “*hacer el amor requiere estar enamorada*” (p. 193). De esta manera se sigue asentando una imagen de la feminidad ligada a la dulzura, delicadeza, a la necesidad de “amar y ser amada”, símbolos sociales que representan a la mujer y no a los hombres, por involucrar pasiones y sentimientos que están fuera del control y la razón.

3.4 Modelo de belleza-juventud

El modelo de sexualidad imperante en nuestra cultura asocia a la misma con la juventud, excluyendo a aquellas personas del placer sexual. En este sentido, y de acuerdo a dicho modelo los adultos mayores no son atractivos sexualmente. En el caso de las mujeres esto se agrava ya que se cree socialmente que, las mujeres envejecen y los hombres maduran.

De esta manera podemos ver que “*La creencia popular no sólo dice que el deseo sexual desaparece con la edad, sino que debería desaparecer y que en la vejez seguir teniendo una vida sexual activa es inapropiado y reprobable. Además, de acuerdo con tal prejuicio cultural, las personas mayores no pueden esperar ser atractivas sexualmente, por lo que aun en el caso de que tengan deseos, no les resulta fácil encontrar con quién manejarlos. Se niega el derecho a la pasión y al sexo en la*

vejez, imperativo que se convierte en una profecía de autocumplimiento” (Freixas Farré y Luque Salas, 2008: 192).

Teniendo en cuenta lo anteriormente mencionado, consideramos que la sexualidad cambia a lo largo de las diferentes etapas de la vida implicando transformaciones físicas, biológicas, psicológicas, emocionales insertas dentro de un tipo de sociedad. La misma está enmarcada dentro de los cambios que se producen en la vejez. En general, se cree que dichos cambios se dan de manera negativa.

En este sentido consideramos que para que ello no sea significado de esta forma se debe dejar de lado tomar como patrón la sexualidad normativa, desarrollando de esta manera, una nueva forma de disfrutar la sexualidad considerando las transformaciones de cada momento de la vida. Es así como una de las entrevistadas refiere que *“La sexualidad es para siempre, no tiene que haber edad”* (Lucrecia, 70 años). En dicho fragmento se deja ver que para la entrevistada las características físicas de cada momento etario no serían obstáculos ni impedimento para practicar la sexualidad.

A su vez, podemos ver como socialmente está instalada la idea de que es aceptable que hombres mayores busquen como pareja sexual a mujeres más jóvenes, pero resulta ridículo que mujeres tengan relaciones sexuales con hombres más jóvenes. En relación con ello un entrevistado manifiesta que *“el abuelito no está contento un carajo, está contento si se emboca una mina joven (...) cuando nos ponemos más viejos, y queremos chicas jóvenes. La belleza está en la juventud, la felicidad nuestra en estar al lado de una chica joven o tener algo con ella”* (Álvaro, 71 años). En este fragmento, el entrevistado deja en claro que para él la belleza está en la juventud y que su felicidad estaría en poder entablar una relación con alguien más joven.

Por otro lado, nos parece importante poder hacer referencia a cómo los medios de comunicación masivos y la cultura del consumo reproducen un modelo de juventud-belleza basado en un estereotipo físico determinado. Considerando los aportes de Leopoldo Salvarezza (2002) hace unos pocos años atrás, los jóvenes querían llegar rápidamente a ser “grandes” para vestirse como sus padres (sombleros, tacos altos). En la actualidad, esto se revirtió y la moda la impone la juventud y son los padres quienes intentan seguir los parámetros de moda establecidos. A partir de esto el mercado de

consumo tomó partido de estos cambios en la moda, imponiendo productos que hace alusión a la belleza y a la juventud como un todo.

En este sentido, se puede observar como continuamente se incita a los individuos a que hagan uso de productos o servicios para el rejuvenecimiento (Ej., cremas; tratamientos estéticos). A partir de esto podemos ver cómo influye en la sexualidad legítima en nuestra sociedad, en la cual rige un modelo basado en la juventud. Continuando con esta línea Salvarezza (2002) plantea que *“Los avisos comerciales de la televisión nos da un estereotipo en el que la sexualidad existe sólo para la gente linda con músculos duros y cuerpos ágiles: la idea de personas viejas gozando, fofas, arrugadas y todo lo demás, se nos aparece como repugnante”* (p. 188).

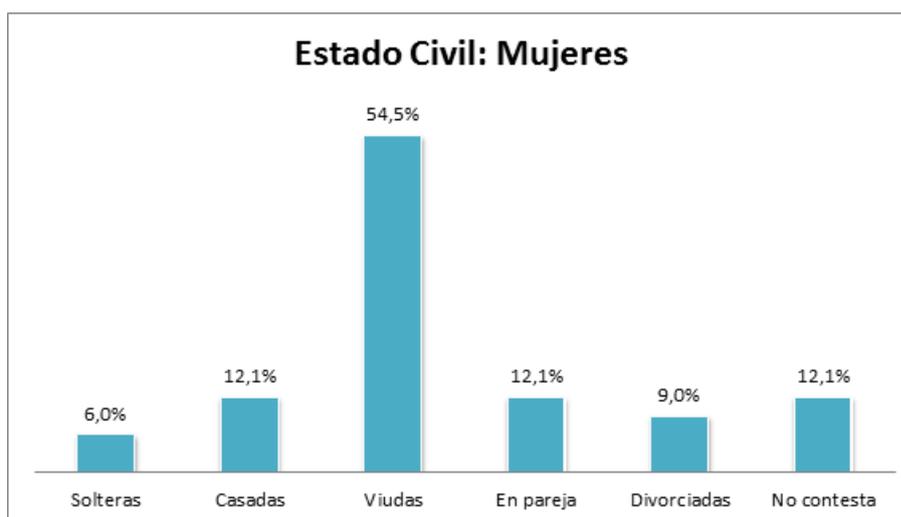
De esta manera, la juventud, influenciada por los medios de comunicación ha terminado por creerse la depositaria de la totalidad de la sexualidad y del placer, negando y descalificando la de los viejos. Sin embargo, y a partir de las entrevistas y el grupo focal realizado, consideramos que la sexualidad acompaña a todos los individuos a lo largo de su vida y no es propiedad unívoca de los jóvenes.

3.5 El matrimonio como institución social y su influencia sobre el género femenino

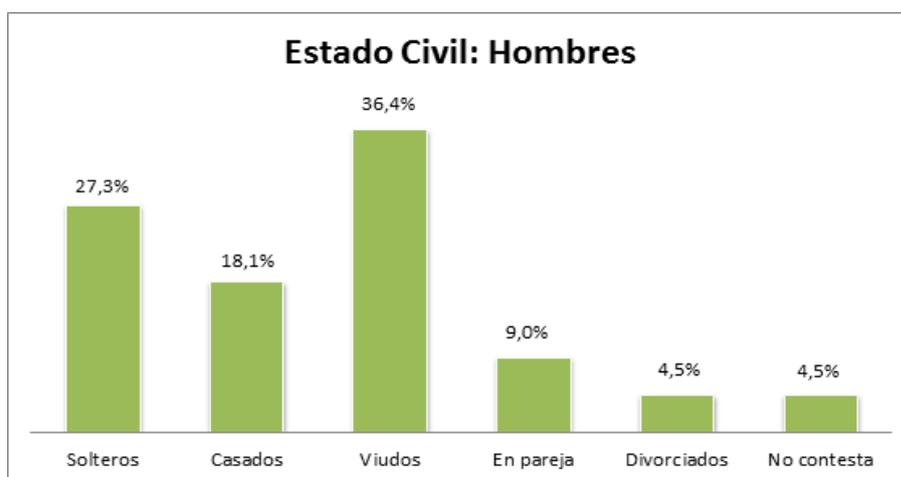
A partir de los diferentes datos recogidos en el trabajo pudimos analizar que la mayoría de las mujeres participantes del mismo presentan, como condición para tener relaciones sexuales, deben encontrarse en una pareja estable o casada, rechazando al sexo esporádico. En este sentido, creemos que uno de los motivos de ello es la percepción que aún conservan los adultos mayores, en su mayoría mujeres, sobre el matrimonio como mandato social y como proyecto fundamental de vida que otorga dignidad.

Tomando los aportes de la autora Simone De Beauvoir (2013) *“El destino que la sociedad propone tradicionalmente a la mujer es el matrimonio. La mayor parte de las mujeres, todavía hoy, están casadas, lo han estado, se disponen a estarlo o sufren por no estarlo. La soltera se define con relación al matrimonio, ya sea una mujer frustrada, sublevada o incluso indiferente con respecto a esa institución”* (p. 205).

Por otra parte, la mujer que tiene relaciones fuera de una pareja estable es connotada de forma negativa. En correlación con ello, la soltería es percibida y valorada de forma diferente por la sociedad en el caso de ser mujer o ser hombre, lo que provoca mayor legitimación para el género masculino frente a la posibilidad de tener relaciones esporádicas y encontrarse soltero. Uno de los entrevistados argumenta *“No voy a tener una pareja estable, ni ebrio ni mamado, desde ya. Y no sé mucho más”* (Pedro, 75 años). En relación con ello en el siguiente gráfico se puede visualizar que hay un mayor porcentaje de hombres solteros frente las mujeres:



Fuente:
Elaboración Propia
Lugar: Centros de
Día de la Tercera
Edad GCBA
Año: 2014 N=33



Fuente:
Elaboración Propia
Lugar: Centros de
Día de la Tercera
Edad GCBA
Año: 2014 N=22

Tomando a Salvarezza (2002) un factor a considerar en las mujeres y los hombres es el estado civil. Las mujeres casadas o que mantienen una relación de pareja estable tienen mayores posibilidades de mantener relaciones sexuales regulares. Sin

embargo, en nuestra cultura las relaciones fuera del matrimonio para las mujeres solteras, viudas, separadas o divorciadas son más dificultosas. Asimismo, plantea que es mayor el número de mujeres sin esposo, ya que hay más cantidad de población femenina adulta mayor. Por ello, una de las razones por las cuales algunas mujeres no se mantienen activas sexualmente puede ser por el hecho de que no se encuentran con una pareja estable o casada. Por otra parte, el mismo autor sostiene que esta situación se presenta de manera diferente en los hombres ya que *“Tradicionalmente al hombre le está permitida la actividad sexual extramatrimonial, los amores venales y el acercamiento a mujeres mucho más jóvenes que él”* (p. 210).

Asimismo, el consumo de sexo comercial, como relación esporádica, es mayormente aprobado en el caso de que los clientes sean hombres, por ejemplo uno de los adultos mayores nos relataba en el siguiente fragmento su experiencia *“Yo ya conocía el lugar en donde estaba la prostitución. De noche, tenía amigas. Entonces yo salgo de ahí y tengo una relación sexual”* (Entrevistado, 68 años).

Estas diferentes creencias provocan que, aquellas mujeres que no se encuentran casadas o con una pareja estable, frecuentemente no estén habilitadas a tener relaciones esporádicas, pudiendo producir aquello una *“castidad obligatoria”*, definición que es desarrollada por la autora Roa Venegas (2002). Sin embargo, esta *“castidad obligatoria”* que menciona la autora también puede suceder dentro del mismo matrimonio, ello se puede visualizar a través del siguiente fragmento: *“Yo quiero ser sincera con ustedes, yo no tengo sexo con mi marido. Él tiene su pieza, yo tengo la mía, si quiere venir un ratito, a veces yo estoy en el baño y vuelvo y lo encuentro en mi cama. Entonces le digo, bueno, quédate acá a dormir, quedate acá pero solito porque yo ya me había levantado. Si si, no, nos llevamos bien igual. Le digo, yo te quiero igual, que me importa a mí”* (Entrevistada, 75 años). En relación con ello, la autora Freixas (2008) argumenta que en las parejas de larga duración puede suceder que haya monotonía y disminución de la pasión, produciendo menor frecuencia de relaciones sexuales dentro del matrimonio.

Asimismo, el matrimonio en su dimensión individual brinda ciertas comodidades materiales y eróticas que varían en las diferentes edades, una entrevistada lo explicaba de esta forma: *“Lo esencial que decían, como el objetivo digamos, así como un poco cubierto, como para tener hijos sobre todo en la juventud, pero después,*

el matrimonio en nuestra edad, ya que no podemos hacer nada, es...respeto, es protección es como sentido de decoro de otra persona” (Lita, 73 años). En relación con ello, Simone De Beauvoir (2013) argumenta que el matrimonio “libera al individuo de su soledad, le fija en el espacio y el tiempo al darle un hogar, hijos; es una realización definitiva de su existencia” (p. 209).

Por otra parte, como institución social, el matrimonio *“Se trata de trascender hacia el interés colectivo la unión económica y sexual del hombre y la mujer, no de asegurar su felicidad individual” (De Beauvoir, 2013: 213). Esto se realiza a través de la fijación de roles sociales tradicionalmente demarcados tanto para, la mujer como para el hombre. El rol de la mujer va a ubicarse dentro del ámbito privado de la vida cotidiana, como ama de casa y madre y el hombre en el ámbito público del mundo laboral como proveedor económico del hogar. Continuando con los aportes de Simone De Beauvoir (2013), que sostiene que además de la compensación a través del trabajo doméstico por parte de la mujer hacía al hombre, también la sexualidad con el marido puede ser impuesta como un deber u obligación, por ejemplo una de las entrevistadas expresa “mirá, a la noche estoy durmiendo lo más pancha, me despierta porque...” (Jazmín, 71 años).*

Además, desde la religión se hacen ciertas valoraciones acerca de la sexualidad dentro del matrimonio, una de ellas es que la mujer debe llegar virgen al mismo, lo cual se transmitía a través de la educación religiosa, una entrevistada nos contaba que la mujer *“Si es educada por ejemplo con mucha religión se casan después, después que se casan recién entregan su virginidad, digamos, sino, sino tienen esa enseñanza, capaz que debutan temprano, ahora, eso lo llevan toda la vida, toda la vida” (Magdalena 65 años).*

Esto podría traer ciertos problemas dentro de la pareja, ya que no se conocían dentro del ámbito sexual, una de las entrevistadas nos contaba: *“Yo tengo dos matrimonios. Yo tengo una mala experiencia sexual. Por eso aplaudo a las chicas que se acuestan con los novios. Cuando yo me puse de novia con mi marido yo era virgen y mi marido era virgen. Nos casamos, veintidós años, yo virgen, el virgen. Es la metida de pata... Ya así se fue a la miércoles mi matrimonio, por el sexo. Él no tenía ningún tipo de experiencia, ningún tipo de conocimiento. Yo menos. Con decirte que, para*

tener relaciones (voy a decir una cosa muy íntima y muy asquerosa pero discúlpenme) me ponía un plástico en la barriga, porque el sacaba el pene y terminaba y le daba a él asco. No teníamos nada de experiencia. Quedé embarazada dos veces, tuve a mis dos hijas gracias a Dios. Pero hasta que un día dije “basta” (Azucena, 73 años).

En relación con ello también se valora desde la religión que *“el placer que se obtiene debe ser un placer contenido, grave y mezclado con cierta severidad; debe ser una voluptuosidad matizada de prudencia y conciencia”* (De Beauvoir, 2013: 213). Pudimos observar que esta idea aún persiste en los adultos mayores, una de las entrevistadas expresa: *“Entonces el sexo es lindo, pero hay que saber, tratarlo con dulzura y con respeto, sobre todo las parejas grandes si se casan, es como que, se admiran, se quieren, se respetan y si hay sexo bueno, porque salimos a cenar, a bailar un poco, a ver una película, ahí está perfecto, no, vamos a la cama, pim, pim, pim eh! pim, pim, pim”* ... *“Eso no es, eso no es vida, es sucio, es feo, es asqueroso”* (Delia, 64 años).

3.6 El sentido de la reproducción y los nuevos significados en la pareja

Tomando a la corriente esencialista, la misma postula que la sexualidad va disminuyendo con el paso de los años debido a cambios en los factores biológicos y fisiológicos de las personas, especialmente con la entrada en la menopausia de las mujeres y en la andropausia de los hombres. Siguiendo esta línea, consideramos que dicha idea está ligada a la sexualidad normativa desarrollada por Foucault (1977), la cual sostiene que las sexualidades legítimas son aquellas que tienen como fin principal procreación.

Sin embargo, como venimos desarrollando a lo largo del trabajo, los adultos mayores tienen mayormente una mirada no prejuiciosa acerca de la sexualidad y en muchos casos la siguen practicando, más allá de los cambios fisiológicos que puedan haber sucedido. Una de las entrevistada relataba lo siguiente: *“Por ejemplo, yo hablo también de mi marido que murió muy viejo, ochenta y pico de años, sin embargo él estaba moribundo y el sexo latente en él, así como que te dabas cuenta que el hombre estaba enardecido y ahí con los doctores que se yo, a mí me daba vergüenza mirarlo”* (Azucena, 73 años). En este fragmento se puede visualizar que a pesar de los cambios y

enfermedades que se puedan contraer en la vejez, pueden no ser impedimentos para continuar con una vida sexual activa.⁵

Asimismo, la sexualidad en este momento de la vida cobra otro significado, y no está íntimamente ligada a la reproducción, como relata Salvarezza (2002), se trata de un cuerpo que puede *“tener que reorganizar su relación consigo mismo y con los otros cuando la primacía de la genitalidad haya dejado de ser dominante en la organización sexual”* (p. 178). En relación con ello, muchos de los entrevistados aluden a la idea de que en la juventud el matrimonio o la pareja es para buscar hijos, mientras que en la vejez la sexualidad está más relacionada con el compañerismo, la intimidad, las caricias, la convivencia y la relación con un otro, como lo expresa uno de los encuestados *“El sexo se espacia en el tiempo. Hoy más relacionado con lo sentimental. Hoy ya no es tan glandular. Hoy es más selectivo, prepara el ambiente, la calidad, la relación sexual, hoy es mejor”* (Pedro, 75 años). Siguiendo esta línea Salvarezza (2002) propone el concepto de relaciones íntimas, *“El significado de las relaciones íntimas para los viejos es el de acrecentar su autoestima, el de proveerles una razón para existir y la seguridad de que alguien puede estar allí para ellos, así como ellos satisfacen su necesidad de saber que también están allí para otro”* (p. 181).

En este sentido, la autora Freixas (2008) plantea *“La expresión de la sexualidad cambia con los años, se sensualiza, más allá de las urgencias de otros tiempos. Se aprende a disfrutar de otros elementos, como una sexualidad más calmada y tranquila. Los abrazos, los besos, el contacto piel a piel, las caricias, la cercanía en la relación, el autoerotismo, adquieren un espacio nuevo, más allá de la estricta genitalidad tan cotizada en otros tiempos. La sensualidad favorece una sexualidad mucho más satisfactoria para las mujeres a todas las edades, pero especialmente en la edad mayor”* (p. 194).

Por otra parte, se sostiene la idea que los códigos de la pareja cambian en la vejez con respecto a la juventud, son menos exigentes, es vivida con mayor libertad y más centrada en las preferencias particulares que cada uno desea. Una de las entrevistadas lo expresa de esta forma: *“Bueno, pero en esta etapa de mi vida no le*

⁵ En el mismo fragmento pudimos observar que la mujer es ubicada en el rol tradicional demarcado por la división sexual del trabajo como cuidadora.

exijo a él ni él me exige a mí. Cuando uno es joven sí que ambos exigen” (Magdalena, 65 años). Este mutuo respeto por las preferencias individuales puede estar relacionado con el aprendizaje adquirido a lo largo del tiempo en referencia a anteriores parejas, *“Yo te digo una cosa, así, eh....personal ¿no?, eh...a lo largo de mi vida, en dos oportunidades, un señor, ¿sí?, me dijo una cosa que a mí me encantó: “Qué lindo es a la edad nuestra tener una relación así”, porque venimos con la experiencia adquirida, con las malas experiencias”* (Jazmín, 71 años).

Por otro lado, se puede visualizar una mayor toma de decisión por parte de las mujeres dentro de la pareja en la forma de manejar los códigos en la misma: *“Mirá, yo tengo un novio. Mi novio tiene cincuenta años. Yo pongo pautas. Yo ya no soy una chica de la edad de ustedes. Salimos cuando yo tengo ganas. A mí no me gusta que me ahoguen, que estén encima de mí, me siento ahogada, me siento”* (Violeta, 73 años).

Retomando con la idea de la sexualidad centrada en la reproducción y en oposición a la misma la autora Freixas (2008) expone lo siguiente: *“La identificación entre sexo y maternidad lleva a considerar que la menopausia supone el fin del deseo legitimado y en algunos casos incluso el fin de la feminidad. Un buen número de mujeres, a las que la suma de los diferentes mitos ha impedido disfrutar en su juventud de una sexualidad plena, aprovechan esta creencia para dar por clausurado un aspecto de la vida que les ha aportado más incomodidad que felicidad”* (p. 193). Esto se puede ver expresado en lo expuesto por diferentes mujeres en el grupo focal realizado: *“Al contrario, estamos más tranquilas que no corremos riesgo de traer más nenes”* (Lita, 73 años). *“Ya no hay embarazo, voy para adelante”* (Margarita, 70 años). Se puede visualizar que a partir de la menopausia, en algunas mujeres, desaparece el temor al embarazo no deseado, ampliándose la capacidad de disfrute y evitando usar anticonceptivos.

De esta forma, creemos que dicha mirada sobre la reproducción por parte de los adultos mayores genera cierta ruptura en algún sentido en relación al objetivo principal de la sexualidad establecida como hegemónica orientada a la procreación, y también respecto al papel otorgado a la mujer socialmente como madre reproductora.

3.7 El coito como práctica sexual central

En nuestra cultura, la sexualidad se basa en el modelo heterosexual hegemónico, de ahí que el placer sexual se tiene que dar en una relación entre dos personas, una masculina y otra femenina. Asimismo, el placer gira en torno al deseo masculino, es decir al acto sexual centrado en el coito, dejando de lado otras prácticas alternativas para obtener satisfacción. Como relata un entrevistado *“La felicidad del hombre está siempre, lamentablemente para ustedes, en lo sexual. No hay vuelta. Yo por ejemplo, con mi amigo, o con cualquier otro y siempre sin que me lo cuenten yo sé lo que él siente cuando, ya que hablan de su sexualidad cuando tiene una eyaculación”* (Laureano, 68 años). Por otra parte, tomar al coito como práctica principal se relaciona con la creencia de que la sexualidad normal es aquella que tiene como fin la procreación.

Siguiendo esta línea, la masturbación como otra posibilidad de práctica sexual queda desplazada, por no incluir una relación heterosexual compartida y la penetración como acto central. En el pasado, *“La masturbación fue considerada la causa de una amplia gama de enfermedades mentales y de insania”* (Salvarezza, 2002: 182). Actualmente, esta práctica sigue siendo reprobada por la sociedad a través de diferentes discursos, lo que hace que sea vivida con vergüenza y de manera oculta, mayormente en las mujeres y en la vejez. En el caso de los adultos mayores, una de las razones por la cual la masturbación no es aprobada por la sociedad se debe al estigma arraigado acerca de que en la vejez la sexualidad va disminuyendo llegando al punto a desaparecer, una entrevistada relata *“Me parece que eso es también de la juventud, no de ahora, los viejos”* (Violeta, 73 años). Respecto a las mujeres, la diferencia de género produce desigualdad en diferentes ámbitos de la vida cotidiana, uno de ellos es la sexualidad, la cual es vivida con mayor represión en comparación con los hombres. En referencia al autoerotismo y a la mujer los participantes del grupo focal opinaban: *“La mujer no puede masturbarse. Eso depende de la educación, del matrimonio que se tuvo”* (Azucena, 73 años). *“Uno solo también puede sentir placer, con la masturbación. Aquí las mujeres dicen que no”* (Vito, 70 años).

Tomando la sexualidad desde un sentido amplio, como describe la autora Ramos Toro (2008), la sexualidad incluye todas las formas de expresión, desde la

aproximación al tacto, la intimidad emocional, la compañía, la masturbación y no solamente el coito, una sexualidad en la que el placer es encontrado en la intimidad compartida, en el encuentro, en descubrir y ser descubierto, en mimarse los cuerpos y en definitiva las múltiples manifestaciones del placer de lo erótico. De esta manera, la misma autora plantea“(...) *la sexualidad puede ser definida como una energía vital que está presente en todo el proceso de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte que en la vejez debe continuar siendo una fuente de placer y no una fuente de inquietud y frustración puesto que las sexualidad es expresada de diferentes maneras según la edad*” (p. 4).

Desde nuestra perspectiva, tomamos al modelo sexual basado en el placer, el cual considera que la forma de satisfacer el deseo sexual, no tiene que reducir a una zona concreta del cuerpo y a la penetración, sino que implica un abanico de prácticas diversas según la elección de cada persona.

En consonancia con ello, “*La búsqueda de placer, se refiere a cualquier forma de actividad que haga sentirse bien*” (Salvarezza, 2002: 180). La sexualidad según uno de los entrevistados incluye “*Placer, intimidad, relación, el roce con el otro, la satisfacción*” (Álvaro, 71 años). Dicha mirada, es más inclusiva para los adultos mayores y garantiza la sexualidad a lo largo del tiempo, ya que mucho de ellos por su situación personal y social no se encuentra en condiciones de cumplir con los requisitos para obtener placer comprendidos en el modelo sexual basado en el coito.

A modo de cierre

A la largo del trabajo hemos relacionado las maneras que construyen la sexualidad los concurrentes de los Centros de Día de Tercera Edad de la Ciudad de Buenos Aires con las representaciones de género.

En este sentido, concluimos que la sexualidad y las formas de obtener placer se viven de maneras heterogéneas y múltiples en correlación a lo que cada persona construye a lo largo de su vida. Por ello, consideramos que no existe una norma que determine la forma en que se experimenta la sexualidad, sino que está influenciada por diferentes factores intra e interpersonal, por las experiencias, la familia, la educación, la religión, entre otras, los cuales van condicionando sus representaciones y conformando subjetividades particulares.

En relación con ello, observamos que los adultos mayores participantes del Trabajo de Investigación Final, tienen una mirada no prejuiciosa acerca de la sexualidad. Esta mirada posibilita encontrar espacios de ruptura en torno a los prejuicios sociales que ubican a los adultos mayores como personas asexuadas y los posicionan únicamente en el rol de abuelos, discapacitados o enfermos.

A su vez, consideramos que la sexualidad no responde a una ley universal y natural que determine que esta finaliza en la vejez, sino que está compuesta a través de múltiples dimensiones que darán como resultado diversas formas de construir las sexualidades, en oposición a pensar la sexualidad como única y homogénea.

De esta manera, sostenemos que la sexualidad se construye constantemente y se encuentra ligada a las trayectorias de vida de cada persona. La sexualidad puede perdurar en todas las edades, ello va a estar condicionado por las experiencias que cada uno va vivenciando. La misma puede presentarse de otra forma en comparación con la juventud pero no por ello desaparecer.

Por otra parte, sostenemos que a pesar de la vigencia de algunos mandatos sociales que giran en torno a la sexualidad normativa y que continúan influenciando en la propia percepción, existen ciertas contradicciones y rupturas por parte de los adultos mayores.

A lo largo del trabajo una de las dimensiones en la cual hicimos énfasis es el género. Analizando dicha dimensión visualizamos que existen diferencias en la formas de pensar y practicar la sexualidad en referencia al género femenino. Pensamos que esto se origina y es generado por una posición de desigualdad respecto a la figura de la mujer y su sexualidad, que se manifiesta y profundiza en mayor medida en la mujer adulta mayor.

Asimismo, en este marco, podemos afirmar que existen diversas maneras de envejecer, es decir que el proceso de envejecimiento se desarrolla de forma heterogénea propia de este proceso, en contraposición a la categoría vejez como universal y homogeneizante.

A partir de este trabajo y del recorrido realizado en la temática pudimos dar cuenta de que existe una insuficiencia en el abordaje sobre la sexualidad en las instituciones a la cual concurren los adultos mayores. Por ello consideramos, que los dispositivos de participación abierta posibilitan la deconstrucción, la reflexión, la crítica y el análisis de las diversas perspectivas, construcciones y concepciones que cada adulto mayor posee sobre la sexualidad respecto del pasado y del presente.

La reflexión final que nos surge a partir de este estudio es repensar nuestra posición desde el Trabajo Social en torno a esta temática. Consideramos que deconstruir las categorías analizadas a través de los relatos y experiencias de los mismos adultos mayores nos brinda la posibilidad de problematizar qué tipo de sexualidad sostenemos y dar apertura a una perspectiva de mayor amplitud, tal como lo plantea el modelo sexual basado en el placer.

Sostenemos que este modelo permite cuestionar ciertas concepciones sobre la temática ancladas históricamente de forma estática, permitiendo tener una mirada más amplia e integral sobre la sexualidad en la vejez, ya sea en su análisis y/o intervención. A su vez, posibilita que cada persona tenga derecho a elegir singularmente cómo obtener gratificación sexual sin limitarse a una única práctica y zona concreta del cuerpo. Por último, consideramos que esta perspectiva permite garantizar la continuidad de la sexualidad de los adultos mayores en este momento de la vida, ya que amplía el abanico de prácticas posibles.

Bibliografía

Bonder, G. "Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente". En: Género y Epistemología: Mujeres y Disciplinas. Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEG), Universidad de Chile, 1998: pp. 1-15.

Bourdieu, P.; Passeron, J. La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza. Editorial Laia, Barcelona, 1977.

Butler, J. El género en disputa. Editorial Paidós, Barcelona, 1999.

De Beauvoir, S. El segundo sexo. Editorial De bolsillo, Buenos Aires, 2013.

De Beauvoir, S. La vejez. Editorial De bolsillo, Buenos Aires, 2011.

Díaz, E. La irreverente vida sexual de una señora mayor. Diario Clarín. Sección Sociedad. 6 de Octubre del 2012. Recuperado de http://www.clarin.com/sociedad/irreverente-vida-sexual-senora-mayor_0_787121449.html

Fernández, J. Cuerpos desobedientes. Editorial EDHASA, Buenos Aires, 2004.

Foucault, M. Historia de la sexualidad I. Editorial Siglo XXI, Madrid, 1977.

Freixas Farré, A.; Luque Salas, B. El secreto mejor guardado: la sexualidad de las mujeres mayores, Universidad de Córdoba, 2008.

Gascón, S.; Browne, M. Estrategias de empoderamiento de los adultos mayores. En: Cuadernillo Módulo 8, Carrera EGCI, Universidad de Mar del Plata, 2008: pp.3-15.

Lamas, M. "El género es cultura". En: Campus de Cooperación Cultural Euroamericano, Portugal, 2007.

Ludi, M. Envejecimiento y espacio grupales. Editorial Espacio, Buenos Aires, 2012.

Molina Petit, C. Debates sobre el género. Editorial Espacio, Buenos Aires, 2000.

Murillo González, A; Rapso Brenes, M. ¿Envejece en la sexualidad? Editorial Espacio, Buenos Aires, 2007.

Paola, J. y Otros. Construyendo el Trabajo Social con Adultos Mayores. Realidad y análisis de los Centros de Día. Editorial Espacio, Buenos Aires, 2003.

Paola, J.; Samter, N.; Manes, R. Trabajo Social en el campo Gerontológico. Aportes a los ejes de un debate. Editorial Espacio, Buenos Aires, 2011.

Ramos Toro, M. Proyecto imaginando una mirada joven a la frontera del conocimiento. Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 2008.

Reed, E. La mujer: ¿casta, clase o sexo oprimido? Revista International Socialist Review. Vol. 31, No. 3, pp. 15-17 y 40-41. 1970. Artículo recuperado <https://www.marxists.org/espanol/reed-evelyn/1970/a.htm>

Roa Venegas J.; Moreno M.; Vacas Díaz M. Perfiles de abuelidad realizados desde la valoración que nietos de 5 y 6 años hacen sobre el comportamiento de sus abuelos, Universidad Nacional de Educación a Distancia, La Rioja, 2002.

Rubin, G. “Notas para una teoría radical de la sexualidad”. En: C. Vance (Comp.). Placer y peligro, Madrid, 1989: pp.113-187.

Salvarezza, L. El fantasma de la vejez, Editorial Tekné, Buenos Aires, 2002.

Yuni, J.; Urbano, C. “Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino”. En: Revista Argentina de Sociología, Consejo de Profesionales en Sociología de Buenos Aires, vol. 6, n°. 10, 2008: pp.151-169.

Yuni, J. La vejez en el curso de la vida. Editorial Encuentro, Córdoba, 2011.

Whitman, W. Hojas de Hierba. Editorial Colihue Clásica, Buenos Aires, 2004

Wollstonecraft, M. Vindicación de los derechos de la mujer. Editorial Turus, Buenos Aires, 2013.